

Ap. 430

Bblie RES C155

Galicia

"...PALOMA MENSAXEIRA
DE BRANCA PRUMA,
FALALL'ÓS EMIGRADOS
D-A PATRIA SUA"....

REVISTA
MENSUAL

Organo

DEL

CENTRO GALLEGO

n.º 38

Córdoba
B.A.
ESPAÑA

Zapatillas **LLAVE** cosidas con alambre

Alpargatas **DURA** impermeables

Unicos concesionarios para Córdoba, La Rioja y Catamarca

FABRICA DE
ALPARGATAS ZAPATILLAS
BOTITAS Y ZAPATOS
DE LONA Y PRUNELA
Y RENGLONES DE CALZADO DE LONA
DE TODAS CLASES

CONCESIONARIOS DE LA HILANDERIA
Y TEJEDURIA

"LA CONTINENTAL"

TRENZAS, LONAS, HILOS,
TINTAS E IMPLEMENTOS
PARA ALPARGATEROS

Manuel Ducha y Cía.

Sucesores de N. ADOT & Hno.

DEPOSITO Y ESCRITORIO:
ALVEAR esq. 24 DE SEPTIEMBRE
Teléfono 2118 *~*~*~*~* Córdoba

TALLERES:
564, SAN GERONIMO, 564

Paños, Casimires
Mercería

PARA SASTRES Y MODISTAS

Francisco Masuet

San Martín, 153

Teléfono 3250 :: Córdoba

"EL OBRERO"

DE

Gómez, Sánchez & González

ALMACÉN a por Mayor Menor

DEPÓSITO DE CEREALES Y VINOS

*La casa que más barato vende en
Comestibles, Licores y Conservas*

Alvear y Libertad -- Teléf. 3717 -- Córdoba

Rafael Calvo

Almacén y Ferretería
Al por Mayor

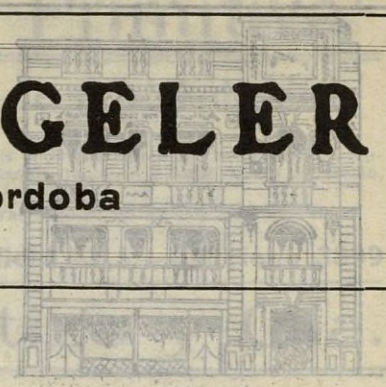


Entre Rios 260 -- Córdoba

Ferretería KEGELER

Rivadavia 365 - Córdoba

Ventas por Mayor y Menor
Córdoba
Teléfono 2881
Rivadavia 365 al 388

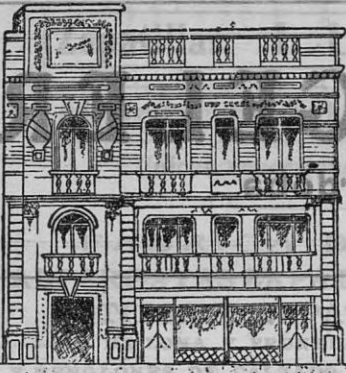


MAQUINAS
DE COSER
KAUFMANN



Depósito de Maderas del País
Aserradero y Carpintería
Existencia permanente
de puertas y ventanas
Francisco Alsina y Cia.
José Minetti y Cia.

Bazar, Pinturas, Máquinas Agrícolas



Ferretería EL ARCADE NOÉ

JUAN PÉREZ DE SANTIAGO

Ventas por Mayor y Menor

Hivadavia 230 al 238

Teléfono 3461

Córdoba

“EL BUEN SANDWICH”

Bar - Fiambrería - Rotisería

Calle San Martín, 125

LA CASA MAS SURTIDA DEL RAMO

Pídanos por Teléfono al N.º 2821

“La Flor del Día”

Ha recibido las últimas novedades para la estación de Verano

Gran surtido de guantes de seda marca “KAYSER”

San Martín y 24 de Setiembre - Teléfono, 2889

Aserradero y Carpintería

Depósito de Maderas del País

*Existencia permanente
de puertas y ventanas*

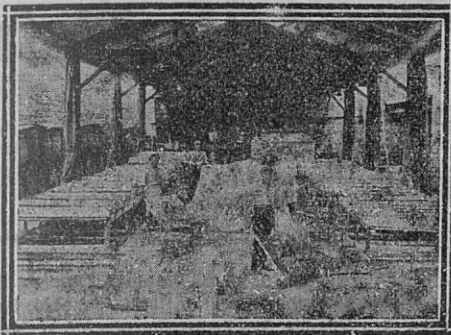
Francisco Alsina y Cia.

Boulevard Guzmán 236 - 288

Casilla Correo 40

Córdoba

Teléfono 2011



“La Primitiva”

Fábrica de Cristal de Soda

La única en el país montada con todos los adelantos modernos, en competencia tanto en calidad como en precio, con sus similares importados.

Se mandan muestras a quien las solicite.

Vélez Sársfield 1315 — Teléfono 3899

Cortizo y Cia.

Casa Porto

SOMBRERERÍA Y CAMISERÍA

Artículos generales para hombre

89 Rosario de Santa Fé 95

Plaza San Martín

Teléfono 3517 — CORDOBA

Gran Triunfo Científico

Para combatir eficazmente en pocos días la blenorragia, flujos blancos y todas enfermedades de las vías urinarias, etc. ::

Tomad los renombrados sellos Antiblenorrágico del

Dr. SCOLARI

DE MILAN

¿Queréis Salud y Vigor? Tomad el afamado tónico reconstituyente y nutritivo de

Dr. SCOLARI

Depósito general en Córdoba: FARMACIA PIAZZA
Calle 24 de Septiembre y Rivadavia

TINTORERÍA “COLÓN”

DE

≡ JOSÉ VALLS ≡

SE TIÑEN Y LIMPIAN TODA CLASE DE TEJIDOS, ROPA DE HOMBRES, SEÑORAS Y NIÑOS
SE COMPONE, ARREGLA A LA MEDIDA Y DA VUELTA ROPA DE HOMBRE

SE ATIENDEN PEDIDOS DE LA CAMPAÑA

COLÓN 93

TELÉFONO 3556

CORDOBA

MOLINO CENTENARIO

- DE -

José Minetti y Cía.

Harinas: 000 Graciela - 00 Graciela - Especial Cero

Boulevares Wheelwright y Centenario - Córdoba

Banco Español del Río de la Plata

CASA MATRIZ: RECONQUISTA, 200 — BS. AIRES

Capital suscrito	\$ 100.000.000.— m/n.
Capital realizado	„ 98.991.320.— „
Fondo de reserva	„ 50.000.000.— „

Sucursales en el Exterior: Barcelona, Bilbao, Coruña, Génova, Hamburgo, Londres, Madrid, Montevideo, París, Río de Janeiro, San Sebastián, Valencia, Sevilla y Vigo.

Sucursales en el Interior: Adolfo Alsina, Avellaneda, Azul, Bahía Blanca, Baicorce, Córdoba, Dolores, La Plata, Lincoln, Mar del Plata, Mendoza, Mercedes (Buenos Aires), Nueve de Julio, Pehuajó, Pergamino, Rafaela, Rivadavia, Rosario, Salta, San Juan, San Nicolás, San Pedro (Buenos Aires), Santa Fe, Santiago del Estero, Tres Arroyos y Tucumán.

Agencias en la Capital: Núm. 1, Pueyrredón 185; núm. 2, Almirante Brown 1201; núm. 4, Cabildo 2027; núm. 5, Santa Fe 2201; núm. 6, Corrientes y Anchorena; núm. 7, Entre Ríos 1145; núm. 8, Rivadavia 6902; núm. 9, Bernardo de Irigoyen 364; núm. 10, Bernardo de Irigoyen 1600.

Corresponsales directos en todos los países

OFICINA DE TITULOS

Se encarga de la compra-venta por cuenta de su clientela, de Cédulas Hipotecarias Argentinas, Obligaciones del Tesoro de la Provincia de Córdoba y de la Caja Popular de Ahorros «Protección Obrera», y demás títulos de renta; los recibe en custodia y realiza operaciones con caución de los mismos.

ABONA:

CAJA DE AHORROS 4 %
CUENTAS CORRIENTES SIN INTERÉS

SUCURSAL CÓRDOBA: RIVADAVIA esq. ROSARIO DE SANTA FÉ

REY Y COMPAÑIA

Casa Fundada el año 1876
41-CORRIENTES-47

ALMACEN POR MAYOR

— DE —

Comestibles, Bebidas y Ferretería

CASA REY

Gran Despensa, Menaje, Bazar,
Ferretería y Pinturería
— POR MAYOR Y MENOR —

—261-INDEPENDENCIA-263—
Dirección Telegráfica "MARTIREY"

CORDOBA

Teléfono: Despensa y Menaje: 4444
Teléfono: Ferretería y Pinturería 4343

"La Artística"

CASA INTRODUCTORA

Cuadros — Oleografías — Gra-
bados, etc. — Papel pintado —
Vidrios — Espejos — Construc-
ción de marcos para cuadros.
Se colocan vidrios a domicilio

Colón 50 — Córdoba

CONSULTORIO DEL

Dr. Alfredo Carré Argento

GARGANTA, NARIZ Y OIDOS
(AUTOVACUNA ANTIOCENOSA)

Tratamiento médico y vacuna terapico
de la ocrena y para-ocena

Sucre, 321 — Teléfono 3205

Bonificación a los socios del Centro Gallego

“A TERRA”

REVISTA MENSUAL DEL «CENTRO GALLEGO»

AÑO 4

Córdoba, Junio de 1923

Núm. 38

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Ituzaingó 169
Teléfono 2572

LEMA — Difusión de la literatura gallega y amor a la
raza hispana

Arribo del poeta gallego Xavier Bóveda
a Córdoba



El poeta acompañado de los asociados que han
ido a darle la bienvenida

El agrario Gallego como elemento político

Toda España estaba pendiente del resultado de las elecciones para diputados creyendo y no sin razón, en el gran éxito que las sociedades agrarias habían de obtener en la lucha electoral; hasta los mismos políticos veían en estos elementos, un ejército formidable que los había de echar por tierra, por cuyo motivo, atropellaron la ley de asociaciones, cerrando las sociedades agrarias en algunas partes, y persiguiendo y aplicando multas en otras a sus dirigentes; los gallegos residentes en América, también se hallaban (como suele decirse) pendientes de un hilo, esperando el momento tan deseado de ver libre del oprobio caciquil a la tierra añorada.

Todo está pronto, (se decían los jefes del agrarismo gallego) no se espera más que el momento, nuestras huestes, como una sola persona, irán a las urnas a depositar el voto; nuestros candidatos: Emiliano Iglesias, el cura Basilio Alvarez, Portela Valladares y otros son los que redimirán a Galicia, de la tiranía federal.

Teniendo en cuenta los sucesos de Guillarey, era de esperar que así fuese. Aquellos mártires del ideal que cayeron bajo el plomo mortífero del fuego caciquil han gravado con su sangre la página más gloriosa de la Galicia contemporánea; aquella heroica mujer que, al frente de un puñado de valientes no titubeó en exponer su vida frente a los fusiles de la guardia civil, dando ejemplo con su actitud varonil, a la vez que hacía recordar a los héroes de Puente Sampayo, era el lema más vital para el éxito de la redención.

Ese martirio, no ha sido más que un sacrificio estéril, el agrario no comprende este civismo, no lo entiende, no se amolda, quiere vivir siempre bajo el yugo; a la puerta del patriotismo no le llama aquella frase histórica:

«Antes muerto que esclavo».

Prueba palpable de lo expuesto fueron las últimas elecciones: todas esas

instituciones agrarias no han sacado un solo diputado. ¿Dónde está el patriotismo? Harto conocido son los ideales del labriego gallego, hacer lo que el cacique manda y ordena, y si así no lo hace y el dueño y señor se entera, tomará represalias, molestándolo a él, y a sus familias; para librarse de este atropello y teniendo en cuenta que el Sr. D. X, nació rico, que sus abuelos fueron caciques y que cada vez que le hacían falta unas pesetas, este se las facilitaba (si es verdad que los réditos eran bastante subidos), mientras que el Sr. Z. no es conocido, es un advenedizo, que quiere enriquecerse a costillas del labriego (en parte tiene razón), los diputados por Galicia, una vez posesionados de su puesto, lo que menos se acuerdan es del distrito que representan.

Pero no es esa la teoría que debe observar el campesino gallego, hay que cambiar evitando que se immortalizen las prevendas políticas; los labriegos gallegos hacen como los rebaños (perdónese lo camparanza) si no ven que adelante de ellos va su congénere con el cencerro, no camina; y en este caso el del cencerro sería el cacique; no hay conciencia política, no puede haber evolución.

Para que el labriego gallego evolucione, tendría que ver algo práctico, un algo verdad, ¿Cómo se podría llegar a ello? Creando Bancos agrícolas, que faciliten créditos a módico interés, evitando de esta forma, que cada vez que el agrario necesitase, tuviera que recurrir a los usureros; estas instituciones podrían formarse con capitales de contreráneos radicados en América. Llevado a la práctica este ideal, el agrario vería que estaba redimido, que era dueño de su voluntad. De esta forma vendría la evolución política, a la vez que la riqueza de Galicia.

Xavier Bóveda en Córdoba

Como lo habíamos anunciado en el número anterior de esta revista, hemos sido visitados por el eximio poeta gallego Xavier Bóveda.

Llegó a esta en la mañana del 20 del pasado mes por el Central Argentino, recibéndole en el andén la Junta Directiva de nuestra institución y un núcleo de admiradores del simpático y joven cantor de los pinos.

En el plaza Hotel donde se ha hospedado durante su corta permanencia en esta, ha sido objeto de un sinnúmero de visitas y felicitaciones.

El banquete con que nuestro Centro obsequiaba al ilustre huésped, fué ofrecido por el conocido literato Sr. Juan José Vélez, el que con ese dominio tan npto en él, dijo el siguiente hermosísimo discurso:

Señores:

Hé nos aquí, tendida la mesa del banquete, rodeando a este ilustre rey mago de la poesía, llegado a estas lejanas tierras, montado como un niño, en el caballito de palo de sus eternos ensueños; con la lira en las manos por cayado de peregrino, calzando la leve y blanca sandalia de los que van por el mundo más livianos que el aire, bendiciendo con el pensamiento que es ariete formidable y verbo engendrador de grandes empresas, a todos los que se acercan a ellos, para contagiarse de optimismos y saturarse de bellezas supremas, en las gallardas lides por el arte y para el arte, en contraposición a los que arrastran por el suelo el pesado yelmo de acero de las conquistas puramente materiales.

Señores: veámoslo bien, está recién llegado; es como cualquiera de nosotros en su envergadura de varón, transformado eso sí en arcángel de paz y amor celeste, cuando con su larga espada hecha con rayos de luna y forjada en diamantinos lagos, se lanza a trazar círculos y más círculos luminosos, dentro de cuya concetricidad, vibra la música del verso sonoro, como alma o eje de su obra de artífice primoroso, a la que bautiza con el soplo de sus geniales inspiraciones, dándole los más sugestivos nombres que, tan perfectamente encuadran o encajan en la combinación literaria, como las piedras

engarzadas de una diadema, que al fin resultan en el conjunto de la léxica construcción, la apoteosis del divino verbo irradiando de todas sus facetas la vida del espíritu.

Dijéramos de él en su honor, muchas cosas hermosas y justas, al imaginarlo por las amenas vegas nativas persiguiendo, niño aún, la libélula azul que en sus manos aprisionada, truécase en estrella que luego alumbrará su propia senda o sorbiendo en el cáliz de los rojos claveles la savia generosa que enrristra el orgullo de la raza nacida para amar y vencer, como él viniera al mundo con la consigna de arrancar con sus cantos lágrimas a las piedras y tristes murmullos a los pinos; pero vale más silenciarlo todo y decir que éste hijo predilecto de las musas, si bien de Galicia porque ella lo engendró, es un hermano nuestro, por tantas afinidades como afirman y consolidan el parentesco; por las leyendas que nos cuenta de su tierra, de su casa y de su cielo, y en especial por su condición de caballero cruzado de las letras, que la invicta España y gloriosa madre patria nos envía como a un olímpico embajador, para que con él nos solacemos en el deleite de lo bello.

Así es en efecto: España no ha podido olvidarnos nunca, y es por lo que de tiempo en tiempo nos manda sus hijos más sobresalientes, para que nos hablen en su armonioso y radiante idioma que es también el nuestro, de sus conquistas y progresos en todos los órdenes de la actividad humana; pero con el fuego que la propia sangre comunica a los sentimientos, y con la fe franca y avasallante que aureola los prestigios de la religión, cuyos altos ministros compartieron con los civiles y militares ilustres, el honor y triunfo de la conquista, desde el humilde monje de La Rábida hasta el celeberrimo Cardenal Cisneros.

Por esto, para mí, Señores, la madre patria, situada allá en los confines de los mares, impávida y heroica, hasta por su propia topografía, se me representa como una amplia bandera blanca tremolada por la influencia de su historia, como trofeo de las más grandes empresas humanas, para ser vista de todos los hemisferios y de todos los continentes,alzada bien en alto por el esfuerzo de los siglos y la pujanza de la propia raza, con puntos de

apoyo que podrían ser muy bien la pétreo entraña de los Pirineos, o sus propias cuevas de Covadonga, para erguirse mejor sobre los pueblos que fundara, sobre todos los mundos que descubriera, conquistara y amamantara con el alimento vital de su pecho de nación gigante, en su misión civilizadora de paz y de amor a la sombra de la cruz de progreso y libertad con las armas de trabajo en las manos; si porque España tuvo el encargo providencial del apóstol: llevar el nombre de Dios hasta los últimos confines de la tierra, y con el nombre de Dios, al apogeo de la más brillante civilización, a todos los pueblos que sujetó su espada victoriosa.

Por tal virtud este ilustre trovero aquí presente, no puede ser para nosotros un extraño, ni menos un convidado de piedra en este banquete, para que tenga que sentirse incómodo e inapetente: en primer lugar, con sus connacionales, los miembros del Centro Gallego de Córdoba, selecto núcleo de extranjeros que tanto contribuye a la cultura pública y al progreso regional, los que han gestionado su visita a esta Ciudad, y los que por mi intermedio se hacen lenguas para saludarlo y felicitarlo por su fecunda y luminosa obra poética, allá en la tierra dilecta, que un día ya lejano, ellos también abandonaron con pena, y de la que conservan imborrables recuerdos en la añoranza familiar; pues desde entonces, al embarcarse en la frágil carabela en que cabalgan todos los Quijotes, enderezaron el pegaso de sus ambiciones y energías hacia estas playas de atracción irresistible, donde lo harían galopar parejo, aún contra el viento de la adversidad, hasta sofrenarlo frente al dorado alcazar conquistado; por esto, Señor, sois el bienvenido, y al ruido de las copas la fiesta de los hermanos se alegra para que en medio del público regocijo, como príncipe de la lira hagáis con sus delicados sonos las delicias de los oficiantes en este culto a la patria lejana, cuya memoria revives con vuestra presencia.

Y por nuestra parte, quienes más adictos a España que los hijos de esta Ciudad tan española, como Córdoba, cuyos templos proclaman con el eco de sus bronces la sacra fe heredada de aquellos bravos soldados que destrozaban las naves antes que volver la espalda al adversario; ciudad de arrullos aristotélicos a la vera de cuyas calles en damero, murmura aún los cantos de su primitiva holganza, travieso y cristalino río, que retrata en su clara linfa el verdor del paisaje y la limpidez del cielo, espejo fiel de aquel otro vuestro Miño adorable, que copia también al pasar aquellos panoramas llenos de las som-

bras de los viejos castañares, en tanto que garridas mozas de musulnicas miradas recogen la ópina cosecha, en los amplios y vistosos delantales como en los famosos viñedos fermenta el mosto en los caldos el color ambarino de los vinos generosos, que es el gualdo color de vuestra bandera, como se producen en la vasta cuenca de Abandi, a lo largo de las vegas que bañan el Sil, el Támega y el Arzona.

Acceptad pues poeta este homenaje: sueñe pronto entre nosotros la lira mágica en vuestras manos, y en arpegios arrancados por la perla al cristal, conviértanse las horas que vais a estar en nuestra compañía, en momentos de tan profunda emoción artística, que se parezcan a una lírica alborada, extendiendo cautivadora sus celajes de oro y grana sobre la Ciudad monacal y su campiña, a cuya diáfana luz en la gradación sucesiva de sombras que se alejan y aclaran el horizonte, empiecen las alondras a volar y a cantar en el espacio y en las torres; y todo sea en obsequio del bienvenido, de su arte y de su poesía, fiesta de color, fiesta de luz y nupcias de amor; así sentirá menos la herida que toda nostalgia abre en el corazón ávido de recuerdos, convicto y confeso de grandes pasiones; y nosotros habremos enarbolado a guisa del mejor y más brillante oriflama, sobre nuestro escudo de nobleza que rampantes leones ibéricos custodian, el blanco pulmón de nuestras ingénitas gallardías, dando al huésped por hogar hospitalario, nuestra casa, con la mesa tendida en su honor, cubierto el azarero de perfumosas flores, y erectil el fresco gajo de laurel para apriornar sus sienes.

He dicho.

Una verdadera ovación fué la que coronó merecidísimamente la magistral pieza oratoria; el poeta visiblemente emocionado, agradeció en frases sencillas pero sentidas, el homenaje que se le rendía.

La crudeza del tiempo no permitió toda la brillantez, en público, que se deseaba en la Conferencia celebrada en la noche del 21 en el Rivera Indarte.

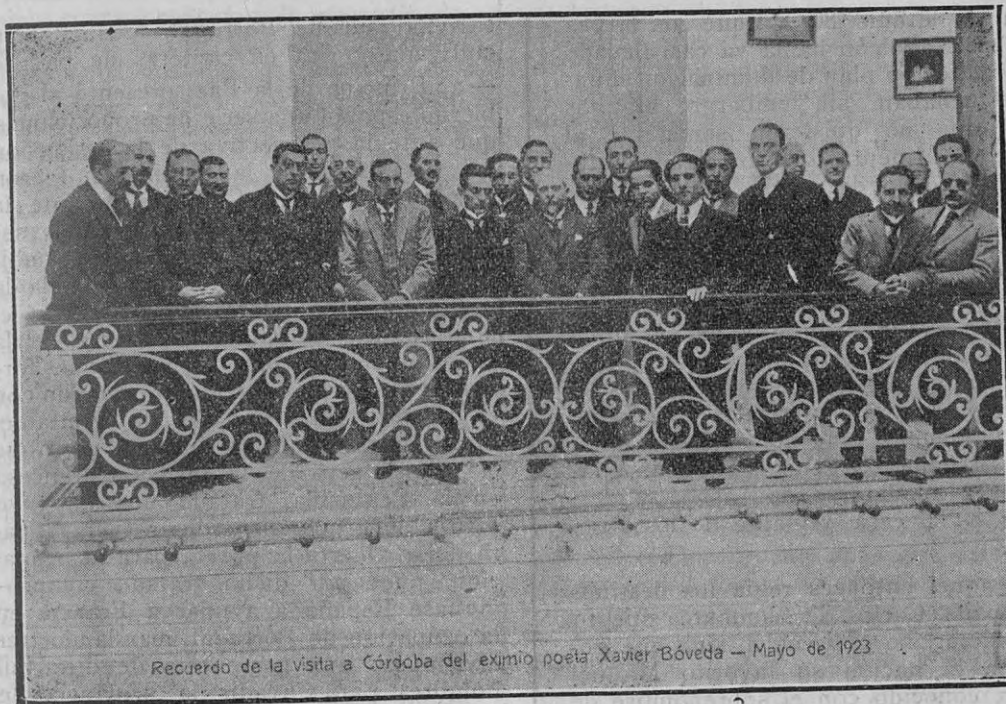
El inteligente abogado, y también poeta, Dr. Raúl V. Martínez, fué el que hizo la presentación de Bóveda, en términos, cuya sonorabilidad y galanura impresionó al auditorio, que premió con una estruendosa salva de aplausos, la brillante oratoria del Dr. Martínez.

Seguidamente comenzó su conferencia el autor de los *Poemas a los Pinos*

y otros Poemas, terminada la cual fué felicítadísimo.

A continuación recitó sus mejores composiciones, con arreglo al programa anunciado, terminando la selecta velada con la genial y varonil composición

Canto a la Raza Gallega; bellísima poesía en la que está volcada toda el alma grande y noble del genial poeta, y todo su santo amor, respeto y admiración a la tierra de su origen, nuestra amada Galicia.



Recuerdo de la visita a Córdoba del eximio poeta Xavier Bóveda — Mayo de 1923

Parte de los concurrentes al banquete, celebrado en nuestros salones en honor de Xavier Bóveda



"El Diario Español"

No debe faltar en los hogares de los buenos patriotas

Agente: ARTURO BRIVA

COLON 44

TELEFONO 3174

CORDOBA

Apuntes Históricos

Napoleón - 2 de Mayo de 1808 en Madrid Burgos y los Franceses

Era por el año 1807 en que con la paz de Tilsit Napoleón había ya casi llevado a la práctica su plan de dominación mundial. Quedaban, sin embargo, algunos países que no quisieron someterse al bloqueo continental que en el año anterior había sido decretado contra Inglaterra, en Berlín, por el 21 de Noviembre. Uno de estos países que no había querido plegarse a los intentos de Francia fué Portugal.

Herido en su orgullo y en su ambición Napoleón determinó vengarse, porque Portugal desde hacía ya casi dos siglos tenía tratos comerciales con Inglaterra y además era intermediaria entre ésta y España. Organizó, pues, un ejército para apoderarse de Lisboa y destronar a la casa reinante de los Braganza.

Por aquel entonces regía los destinos en España Carlos IV, monarca inepto, sin carácter, no gobernaba, sino que gobernaba la nación su favorito Manuel Godoy, conocido con el sobrenombre de Príncipe de la Paz. Este favorito mantenía relaciones amistosas con el emperador que le ponían al corriente de los acontecimientos de la Península, que desde hacía mucho tiempo tenía formado el propósito de apoderarse, y que estaba esperando cualquier coyuntura para llevar a la práctica sus planes. Reinaban entonces ciertas discordias familiares entre el rey y su hijo, conocido más tarde con el nombre de Fernando VII, desaveniencias que tenían a la nación dividida en dos partidos que se odiaban a muerte, una a favor del rey padre y otra a favor de Fernando. Viendo Napoleón como se le presentaban los acontecimientos internos de España no perdió ocasión, y al mismo tiempo que enviaba el ejército de ocupación de Portugal, compuesto de 30.000 hombres mandado por el general Junot, valiéndose de la amistad íntima, cordial, que mediaba entre él y Godoy, con la promesa de anexionar al reino la provincia de Oporto, y hacer rey de los Algarbes — región situada en el

extremo sur de Portugal, fértil y bien cultivada y rica en canteras de basalto — al Príncipe de la Paz, presentó al gobierno español una serie de proposiciones, que ante la perspectiva de la expansión del territorio de la Península fueron aceptadas por el Gabinete, y ante la perspectiva que se le presentaba de ser rey, fueron firmadas por Godoy, ambición que le arrastró a sumir a toda la nación en una guerra conocida con el nombre de "La Gloriosa Guerra de la Independencia", proposiciones que formaron el cuerpo del tratado conocido con el nombre de "Tratado de Fontainebleau", tratado que no fué otra cosa que el primer acto de la invasión francesa en la Península, tratado que no tuvo otro objeto que desperdigar fuerzas para dejar abierta la puerta para la ocupación, pues por dicho tratado comprometíase España a ayudar a Francia en la ocupación de Portugal, mandando tres divisiones: una compuesta de diez mil hombres para invadir la provincia de Oporto; otra de otros diez mil hombres para auxiliar a Junot en el movimiento de Portugal y otra de seis mil para la ocupación de los Algarbes.

Y allí fueron nuestros soldados, a Portugal, a donde nadie los llamaba; allí fueron nuestros soldados, puñado de mozos robustos, hermosos como un manojo de promesas, vivos, animados, valientes y fogosos. Mientras quedábase en España sin la flor y nata de su ejército, mientras quedaban desamparados los fuertes de Pamplona, Victoria y Burgos.

Y Lisboa fué tomada sin el menor disparo de un fusil y fueron destronados los Braganza, obligándolos a huír al Brasil, y también, al mismo tiempo entraban, batiendo tambores, con los cargadores en las cartucheras, derrochando garbo, ocho divisiones francesas al mando de Moncey y Darmagnac, quienes se apoderaron de Victoria, y de Burgos, en donde establecieron su cuartel general, y del fuerte de Pamplona.

Cuando España con la ocupación de Portugal esperaba agrandar su territorio con la anexión de la provincia de Oporto, llegaron noticias alarmantes — propaladas por Napoleón — acerca de una aglomeración de tropas inglesas en Gibraltar. El gobierno de España envió rápidamente el poco ejército que le quedaba para proveer a la custodia de Ceuta, Cádiz e Islas Baleares. Mientras quedaban abandonadas las plazas de Figueras y Barcelona, en las que quedaron escasamente dos escuadras con cuatro malos morteros.

Faltábanle a Napoleón dos bases sólidas para proteger a los ejércitos que habían de avanzar hacia Madrid, y mandó a Moncey y a Darmagnac con dos divisiones tomando Darmagnac el fuerte de Figueras y Moncey el castillo de Montjuich, sin gasto alguno de munición, sirviéndose de la sorpresa, mejor dicho, de la traición.

Entre tanto los castellanos, navarros y catalanes veían con malos ojos que se les metiera por casa aquella gente, cuyo carácter petulante contrastaba con el suyo, y empezaron a tener recelos de los que se llamaban amigos de España, por lo que en algunos sitios llegó a haber reyertas y encuentros sangrientos.

Aquella repentina ocupación de las principales fortalezas de la Península sin previo aviso, produjo muy mala impresión en toda España y el Gobierno exigió explicaciones de aquella invasión, y recibió por contestación que aquella ocupación no era otra cosa que la regla ordinaria de la guerra de asegurar la retirada cuando se avanza por un país extraño, aunque sea amigo; mantener reunidas las tropas como es costumbre cuando se halla próximo el enemigo.

Para remedio de males, empezaron a correr rumores de que los franceses se disponían a imponer una contribución extraordinaria, y que Napoleón se proponía a derribar a los Borbones y poner un rey de su agrado.

Al saber los españoles que iban a ser abandonados por los Borbones, como los portugueses lo habían sido por los Braganza se llenaron de indignación y públicamente se hizo protesta el pueblo de resistir a toda intrusión; que cubriría la capital con sus cuerpos y dejaría hacerse pedazos antes que permitir ser abandonados por los Borbones. El pueblo sintió en estos rumores un cálculo de Godoy para prolongar su usurpado po-

der. La exasperación de todas las clases contra la Corte llegó a su colmo. La nobleza, el pueblo y el ejército usaba en Madrid un mismo lenguaje y era tan atrevido como pudiera serlo en vísperas de grandes acontecimientos en los países más libres.

Coincidió con estos rumores la llegada a Aranjuez de Izquierdo, delegado de Napoleón que venía con la intimación del francés de la abdicación de Carlos. El rey aterrizado acude a Godoy que a la sazón estaba en Madrid, y éste ante las represalias y amenazas de Francia se resuelve apelar a la fuga. Carlos IV consiente en ello. Godoy, en consecuencia, expidió las órdenes oportunas; mandó que se desplegasen las fuerzas que estaban en Oporto, Lisboa y los Algarbes para cubrir la retirada de la familia real; mandó que en el puerto de Cádiz se hallasen preparadas algunas regatas, y anunció a los ministros la resolución de la Corte y mandóles que firmasen las diferentes órdenes. Al comparecer el marqués de Caballero se le cuadró al Príncipe de la Paz, diciendo que él no autorizaba con su firma la acordada partida y que no recibía órdenes más que del rey. Llegaron los demás ministros y se promovió entre ellos un vivo altercado.

A todo esto el Príncipe de Asturias comunicó a sus adictos cuanto sobre el particular sabía e imploró su auxilio contra la violencia que se preparaba. La misma servidumbre que por los mismos preparativos que había hecho sabía cuán próximo estaba el día de partida se lo comunicó a los habitantes de Aranjuez; éstos, desconsolados con la idea de verse privados de la Corte, se lo comunicaron a los pueblos inmediatos. Así que el proyecto de fuga trajo al sitio una extraordinaria afluencia de gente, y principiaban a verse ya los rostros más extraños y siniestros.

Viendo Godoy que la marcha no podía emprenderse si no se restituía la calma aquella población, idearon publicar una proclama en la que el rey Carlos prometiese no salir de Aranjuez. Redactóse en efecto la proclama en estos términos: "Mis amados vasallos: No os alarméis ni por la llegada de las tropas de mi magnífico aliado emperador de los franceses, que sólo han entrado en España para rechazar un desembarco de los ingleses en nuestra costas, ni por los supuestos proyectos de mi partida. No: no es cierto que yo quería alejarme de

mi amado pueblo. Deseo permanecer y vivir entre vosotros, contando con vuestra adhesión y fidelidad si fuese necesario combatir a cualquier enemigo. Españoles: tranquilizaos: vuestro rey no os abandonará".

Esta proclama calmó los ánimos por el momento. La multitud corrió a Palacio y pidió se presentasen SS. MM., que salieron al balcón. El pueblo comenzó entonces a gritar: "Viva el rey. Muera Godoy que deshonra y vende a su amo".

Al día siguiente, a pesar de la real proclama, pareció que el viaje no se había suspendido, pues los carruajes y los caballos continuaban prevenidos. La guarnición de Madrid se puso en marcha hacia Aranjuez acompañada de una gran parte del pueblo de la capital. Las tropas así acompañadas llegaron a Aranjuez a la caída de la tarde. Cerca de la media noche una señora que salía del palacio de Godoy escoltada por algunos húsares fué descubierta por un grupo de curiosos que creyeron reconocer a la señorita Tudó y pensaron que iba a subir en su coche. La rodearon y trataron los húsares de abrirse paso, sonó un tiro, y al momento se armó un tumulto espantoso. Los guardias de corps corrieron a su cuartel, ensillaron sus caballos y se arrojaron sable en mano sobre cuantos húsares encontraron. No conteniéndose ya el pueblo se reunió debajo del palacio real y pidió que se dejase ver el rey para manifestarle sus deseos, prorrumpiendo con furor: "Viva el rey. Muera el Príncipe de la Paz", e inmediatamente se dirigió al palacio de Godoy y lo cercó por todas partes, forzó las puertas para precipitarse dentro de él. Los que custodiaban la casa creyeron que se les atacaba y trataron de defenderse. La multitud furiosa se arroja sobre las puertas, las derriba, penetra en la habitación del favorito, la destroza, arroja por los balcones cuadros, colgaduras y muebles, corre de aposento en aposento buscando el objeto de su odio, pero no lo encuentra, y viéndose burlada se venga destruyendo todo.

Mientras tanto el rey y la reina estaban sobrecogidos de temor; creían ver en aquel tumulto una fase de la revolución francesa con los mismos gritos y cometiendo los mismos actos; estaban consternados y resignados a todo lo que se quisiera exigir de ellos. Habiéndose presentado los ministros se aconsejó al rey que exonerase de sus grados y empleos a Godoy; como el rey se hallaba

dispuesto a todo, accedió desde luego y en la mañana del día siguiente apareció un decreto exonerando a Godoy de sus cargos de generalísimo y grande almirante.

Al saber la degradación del Príncipe de la Paz, el pueblo se entregó a la más frenética alegría; por todas partes se oían canciones, se veían bailes y se felicitaban mutuamente de aquella caída.

Pero la multitud experimentó otra nueva agitación. Corrió la voz de que el favorito había sido encontrado en las boardillas de su palacio escondido entre un rollo de estera. Corrió el pueblo furioso al palacio, y cuando hubo llegado los guardias de corps lo llevaban ya a su cuartel defendido por ellos y los cuerpos de sus caballos de los ataques de la multitud; pero no pudieron impedir que el pueblo le diese grandes golpes con palos y cuantas armas pudo encontrar a su paso.

Con los pies lastimadísimos, los muslos deshechos y un ojo casi fuera de su órbita llegó Godoy, por fin, al cuartel de los guardias y todo ensangrentado fué colocado sobre la pajera de las cuerdas. Así pagó Godoy en un día los veinte años de inmerecido poderío!

El rey y la reina al saber este nuevo tumulto llamaron a Fernando, su hijo, y le suplicaron que olvidase sus injurias y corriese a salvar a Godoy. Prometió hacerlo y marchó, en efecto, al cuartel en donde encontró al Príncipe de la Paz todo bañado en sangre. Al oír la voz del heredero de la corona la multitud se dispersó.

Mientras tanto, una especie de enajenación mental se había apoderado del rey y de la reina; no sabían lo que se decía y acudían a todos pidiendo un apoyo o un consejo. Acudieron a los señores Caballero, Cevallos y otros, y pasados algunos instantes en aquellas vagas conferencias, Carlos IV dijo que quería abdicar; su esposa le contestó que tenía razón, y los ministros se ofrecieron a redactar el acta de abdicación, que en sustancia decía: "que fatigado de los graves cuidados del trono, y abrumado por el peso de los años y de las enfermedades, entregaba a su hijo Fernando la corona que había ceñido veinte años".

La noticia de la abdicación de Carlos IV y el advenimiento de Fernando VII produjo en el pueblo la mayor alegría y la hizo llegar a su colmo. El pueblo en

masa acudió a saludar al nuevo rey por tan largo tiempo objeto de sus deseos.

El día que Fernando VII ciñó la corona de su padre llegó la noticia de que Murat, general francés, se dirigía hacia Madrid con seis divisiones. En la capital no había más que dos regimientos y el pueblo estaba desarmado; así que Murat podía entrar sin resistencia alguna.

La noticia de la abdicación de Carlos IV disgustó sobremanera a Napoleón porque le estorbaba sus planes, y por de pronto decidió no reconocer a Fernando VII como legítimo, cuya soberanía deseada por los españoles sería difícil de destruir y considerar siempre como monarca a Carlos IV, cuya autoridad gastada y odiada por los súbditos sería fácil de destruir.

Napoleón llamó a su general Saravay, empleado suyo en las comisiones más difíciles; le reveló todos sus pensamientos con respecto a España, sus deseos de unirla a Francia, variando su dinastía; y con estas instrucciones le envió a España, no sin antes manifestarle que se condujera con toda circunspección, que atrajese a Fernando a Bayona, con la esperanza de que se decidiese a su favor el litigio, pero que si se obstinaba publicase la protesta de Carlos IV, declarase a Fernando como hijo rebelde.

Entrevistado Saravay con Fernando VII manifestó éste que prometía hacer todo lo que le indicase el emperador de Francia en cuanto hubiere reunido en Madrid los hombres en quienes había depositado toda su confianza.

Llegado que hubieron los consejeros del rey, el Duque del Infantado y el Canónigo Escoiquiz planteóles Fernando si iría a entrevistarse con Napoleón a fin de obtener de él el reconocimiento de su nuevo título o bien esperaría rodeado del entusiasmo de la nación lo que los franceses se atrevieran a hacer contra la dinastía. Después de una madura meditación consintieron los consejeros en la partida a Bayona de Fernando. La noticia de este viaje produjo en la capital y en toda la nación una sensación difícil de expresar. Pero Fernando calmó los ánimos con una proclama en que decía que iba a Bayona con el fin de anudar los lazos de una nueva alianza, para consolidar la felicidad de los españoles. Esta proclama evitó el tumulto que estaba a punto de estallar, pero no disipó del todo las sospechas que el pueblo había concebido. Fernando, pues, partió el

10 de abril rodeado de una multitud que le aclamaba, y en todos los pueblos por donde pasaba le hacían protestas de una adhesión sin límites. Llegó a Bayona el 20 del mismo mes siendo recibido con toda frialdad por parte del emperador, lo que disgustó mucho a Fernando y por donde vió Fernando que había caído en una trampa de donde le iba a ser difícil salir. Los reyes padres al saber que Fernando iba a Bayona trataron de emprender el mismo viaje, pues desde el tumulto de Aranjuez no había su ánimo gozado de un momento de tranquilidad, llegando a odiar a España, así que hablaban siempre de abandonar la nación e ir a habitar aunque fuese una sencilla quinta de Francia, país que Napoleón su amigo había hecho tan sosegado y seguro. Tal pensamiento fué expuesto a Murat quien protegió desde un principio tal resolución, y el día 30 de abril llegaban a Bayona Carlos y su esposa y en medio de un ambiente de cordialidad, pues Napoleón reconocía como legítimos a Carlos y su esposa.

Aquí ya los dos contendientes, ni qué decir tiene las arteras mañas que desplegaría el francés para reducir a partido a Fernando, quien después de una resistencia de varios días cedió la corona a su padre, pero Napoleón no ciñó a Carlos IV la corona sino que se la ciñó a Bonaparte, monarca de su agrado.

Faltábale a Napoleón que vinieran a Bayona los Infantes, y envió al gran duque de Berg las más apremiantes órdenes para que se enviase enseguida a Bayona el resto de los Borbones. Y aquí empieza la epopeya del dos de Mayo.

La noticia de los Infantes habían sido obligados a partir de Bayona dió que pensar al pueblo, y vió en todo aquello una estratagema del francés para destruir a los Borbones como lo había hecho con los Braganza. El rumor fué creciendo y la agitación llegó hasta los pueblos más distantes de la capital, por lo que muchos vinieron a Madrid, de aspecto nada tranquilizador.

Llegó el día dos de mayo en que estaba señalada la partida de los Infantes.

Dos coches de la casa real se detenían en la inmediación que da acceso al regio palacio. El pueblo de Madrid confundido en un solo haz, vagaba por doquier en las cercanías del palacio, esperando con avidez que la ex reina y el Infante aparecieran en la escena. En esto, la que fué soberana de Etruria,

tomó asiento en el coche preparado de antemano y el pueblo no hizo la menor protesta, pues había perdido para él todo el cariño desde que supo que iba en combinación en los abominables manejos del funesto Godoy. Momentos después iba a efectuar lo propio que aquélla el Infante; pero la muchedumbre ha oído decir a la servidumbre que el Infante lloraba y no quería ir, y al grito de una mujer "Que nos lo llevan", aquellas gentes toman aliento y energía y con la impetuosidad de un torrente se avalanchan sobre el coche, cortan los tirantes y rodean a Legrange que había acudido a apresurar la partida del Infante. El duque de Berg que tiene noticia de la insurrección pone sus tropas en actividad y envía desde su casa un batallón y tres piezas de artillería que sin previo aviso despiden por sus bocas el mortífero plomo, segando una porción de vidas, sellando así con su sangre y su patriotismo y su amor a la independencia un gran número de españoles.

Aquel estampido fué como el toque de arrebató y todos los habitantes empuñando armas de todas clases salen a la calle, anhelantes de vengar en los franceses la sangre vertida. El parque de artillería, sito en la avenida de Fuencarral, estaba guarnecido por un pequeño destacamento francés. La multitud acude allí a apoderarse de las armas, y los franceses se hicieron fuertes. En ese momento llegan Luis Daoíz y Pedro Velarde y arengando a la multitud, franquean las puertas del parque y se posesionan de las pocas piezas de artillería. Murat sabe lo ocurrido y envía allí un destacamento provisto nada más de armas de fusil, pe-

ro los franceses viéronse obligados a retroceder por dos veces, hasta que enterado Murat de las mermas de su fila envía un contingente respetable el cual después de un largo tiempo se apoderó del cuartel, no sin antes sembrar el suelo de cadáveres. Daoiz cae en tierra privado de la vida por un pistoletazo; ensañáronse sus enemigos en su cadáver y después de haberle mutilado, le quitan las ropas que cubrían su cuerpo. Velarde haciendo de su cuerpo un baluarte, disputa aquel pedazo de terreno a los franceses, hasta que acibillado de heridas, falto de sangre cae con su cuerpo en tierra, y exhala su último suspiro.

En el centro de la ciudad peleábase con igual denuedo que en el parque. Los franceses aumentan el frente y logran apoderarse de la población al anochecer. Entonces Murat temeroso de otro tumulto colocó sus cañones en todas las bocacalles de las principales arterias de Madrid. Mandó fusilar a los que habían sido presos en la refriega y dió órdenes severas. Tal fué el tumulto del dos de mayo.

Los franceses se dieron cuenta de lo que es capaz un pueblo cuando lucha por la independencia de su patria y de sus más caros intereses. Los gemidos del dos de mayo resonaron en toda España y encendieron los pechos de sus valerosos hijos el deseo de la venganza y en todas las provincias aprestáronse para el recio combate que muy luego iba a comenzar.

I. PALACIOS.

(Continuará).

AMBURINI

Libros en blanco para Escritorio

LITOGRAFIA — TIPOGRAFIA

ESPECIALIDAD EN TIMBRADOS — MÁQUINAS REMINGTON

ARTÍCULOS GENERALES DEL RAMO

San Martín 229 - CORDOBA

La senda peligrosa

CUENTO

PARA LA REVISTA «A TERRA».

Nadie atinaba a explicarse la causa de aquel suicidio.

Aldabe fué hallado sin vida, tendido sobre su lecho, con las sienas perforadas por certera bala de revólver. Retenía en la mano, rígida y ligeramente crispada, el arma con que pusiera fin a su existencia. Todo en torno suyo aparecía en perfecto orden. El reconocimiento médico no descubrió la más leve señal de lucha. Descartaba así la posibilidad de un homicidio, se trató de averiguar la causa de tan funesta determinación. Y no se halló indicio alguno que arrojará un rayo de luz sobre las sombras que envolvían el misterioso suceso.

El pobre muchacho no se había detenido a exponer en una breve esquela destinada a la justicia, como suele ocurrir en la mayoría de los casos de tal naturaleza, la razón que lo indujera al sacrificio de su vida.

Su situación no parecía tener nada de inquietante. Desempeñaba el cargo de cajero en una casa de comercio, manejando fondos de mucha importancia, de los que diera siempre buena cuenta. Gozaba de la estimación de sus jefes y estaba bien remunerado.

Ante la sospecha de un desfalco, como causa determinante del suicidio, se practicó un minucioso arqueo de la caja del establecimiento y se revisó la contabilidad en cuanto tuviera atinencia con sus funciones; pero nada anormal se descubrió.

¿Cuál podría ser, entonces, la razón...? ¿Una enfermedad incurable...? No se le conocía ninguna. ¿Un percance de índole económica...? Tampoco se tenía conocimiento de esto. ¿Alguna contrariedad amorosa...? Se sabía que estaba comprometido formalmente con una señorita vecindada en San Fer-

nando, a la que iba a visitar todos los domingos y con la cual debía casarse dentro de breve plazo... Quizás existiera alguna relación entre ésto y aquéllo.

Se orientó la investigación hácia este rumbo. Era una crueldad el ir a someter a doloroso interrogatorio a un corazón herido en sus más caros afectos... Pero el sumario exigía una revelación aclaratoria; y la justicia no podía detenerse ante escrúpulos de orden sentimental. Se recurrió pues a la amada del suicida, y se aclaró el misterio.

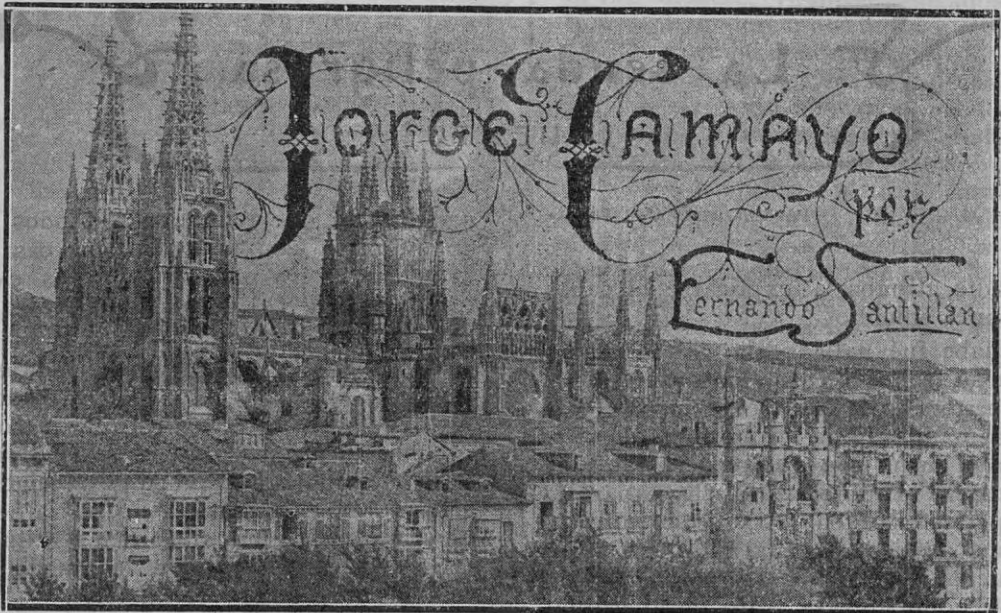
Esther, la novia infeliz había recibido por correo, algunas horas después de producida la catástrofe que destruyera, inesperada y brutalmente, todas sus ilusiones de futura bienaventuranza, una carta delatora de la causa del suceso.

Aldabe le decía en ella:

«Sabiedo lo mucho que me quieres, me es fácil imaginarme el dolor que va a causarte esta misiva; pero no puedo evitarlo. Hay situaciones que no tienen más que una solución. Vengo sintiendo desde algún tiempo una inclinación invencible hácia el juego. Me doy cuenta de que sigo un camino que habrá de conducirme fatalmente a la miseria o al presidio; y, sin embargo, no sé apartarme de él. Es una obsesión que puede más que mi voluntad. En el trayecto recorrido hasta aquí he consumido todos mis ahorros. Me acosa el ansia de un desquite y temo la locura de apelar, en un mal momento, al dinero que suelen confiarme mis jefes y perderlo en una jugada adversa. Para no llegar a esa bajeza, me mato. Sacrifico mi vida a mi dignidad. Perdóname y compadéceme. Adiós».

J. RODRÍ-ELIAS.

Buenos Aires, Mayo de 1923.



(Continuación)

su vida, encerrada entre estos dos extremos: su casa y la iglesia. Tales eran los padres de Jorge. Sus primeros años deslizáronse, en el seno de un hogar completamente feliz.

Vivían en una casa de sencilla apariencia en el barrio de Vega, en frente de la plazoleta y de la fuente de ese nombre, recuerdo, lo mismo que el paseo adjunto del Espoloncillo, del gobierno del intruso Pepe Botellas. ¡Qué dulces memorias suscita en el alma la de aquel paseo sombreado de espesos castaños de indias, con sus setos de rosales, teatro de nuestras infantiles hazañas!

Mi familia vivía también en el mismo barrio, cerca de La Merced, junto a la entonces famosa posada de Roque.

En un antiguo caserón de la plaza de Vega existía una escuelita particular dirigida por un anciano venerable que se llamaba don Tomás. Las clases estaban instaladas en el primer piso; en la planta baja había un taller de carros. En aquella escuela tan querida para cuantos tuvimos la dicha de frecuentarla conocí a Tamayo. El no tenía más que atravesar la plaza de Vega para acudir a ella. Cuando salía de casa con su carterita al hombro, se veía el rostro bondadoso de doña Teresa, que por los cristales del mirador seguía con la vista al pequeño hasta que entraba en el portal de la escuela desde donde, volviendo graciosa-

mente su cabecita rubia, le enviaba un beso.

Allí se formó y estrechó nuestra amistad; en aquella escuela que sin poseer ninguna de las condiciones que la moderna higiene escolar exige, se hacía tan amable, y llenaba tan cumplidamente su finalidad educativa. No se conocían en ella los golpes, los gritos, los castigos brutales, las miradas iracundas, los deberes pesados, procedimientos desmoralizadores, que tan frecuentemente eran por entonces en la mayoría de las escuelas. Amábamos aquella escuela humilde y más que todo al venerable maestro que con tanto cariño y con tan profundo conocimiento de su sublime misión formaba nuestros corazones en el amor a la virtud. En los años que allí estuve no recuerdo que ningún alumno faltase voluntariamente a una sola clase. No nos llenábamos la cabeza de conocimientos inútiles y enfadosos; pero aprendíamos a leer y a escribir con alguna más corrección de la que hoy en día tienen nuestros flamantes bachilleres. Recuerdo que para enseñarnos a leer no usaba carteles, ni cartillas, ni catones, como la generalidad de los maestros, sino una caja de su invención con varios rodillos de cintas en las que estaban pintadas en colores llamativos las letras. Se iban arrollando o desarrollando a voluntad, y combinándose ingeniosamente las letras,

de modo que nuestra móvil atención estaba en continua actividad. Con eso y con los rompecabezas de letras que teníamos a nuestra disposición insensiblemente nos adiestrábamos en el difícil arte de la lectura, el que perfeccionábamos después, en el Amigo de los Niños, en el Juanito, y en las Fábulas de Samaniego, que llenaban nuestros infantiles espíritus de una manera sólida de las nociones más importantes de las ciencias físicas y morales. Estudiábamos las reglas fundamentales de la Aritmética y Geometría, y las explicaciones de Historia y Geografía nos capacitaban insensiblemente para los estudios posteriores que de esas ciencias hubimos de hacer en nuestra carrera. Parece ver aún aquellos cuadros murales de Historia de España y de Historia Sagrada de Calleja, y aquella esfera de tela armada con alambre que, colgada del techo, servía para explicarnos la Geografía. Mientras afuera soplaban el cierzo y empañaba los cristales de los balcones la cellerisca y el humo de las hogueras en que se caldeaban los aros de las ruedas de la carretería de la planta baja, los cincuenta alumnos sentados en las largas mesas pintadas de negro, al amor de la estufa que caldeaba el salón, estábamos con los ojos fijos, las boquitas abiertas, como hipnotizados escuchando los primorosos relatos que don Tomás sabía hacernos. Las imágenes de aquellos toscos cuadros parecían tomar vida al mágico conjuro de las palabras del venerado maestro. No nos dijo nunca lo que era patriotismo; pero ¿quién de nosotros no hubiera dado entonces la vida por defender la verdad histórica del Cid, o de Pelayo? ¿Quién no se hubiera dejado matar antes de renegar de las grandezas de los Reyes Católicos? ¿Quién ignoraba las proezas de nuestros descubridores y conquistadores? ¿Quién no hubiera sabido decir ya entonces algo de las maravillas de nuestra ciudad moderna, de nuestras expediciones civilizadoras por toda la Europa en que se agotó al parecer nuestro tesoro para resurgir en los comienzos del pasado siglo en aquella epopeya nacional de la Independencia? No lo sabíamos con altas palabras, pero no desconocíamos ni un solo rasgo notable de nuestra historia. La instrucción religiosa era así mismo completísima. Sin aburridoras pláticas doctrinales, ni prolongados ejercicios de piedad, sabíamos al pie de la letra el Catecismo de Astete

y la Historia Sagrada de Fleury, cuyas explicaciones sencillas y breves nos ponían al alcance de nuestra inteligencia las más sublimes verdades con palabras sinceras, en las que se reflejaba la profunda fe del amado maestro.

Ibamos a su escuela con verdadera alegría y pasábamos en ella las horas tan felices que la dejábamos con pena.

Perdóneseme esta digresión: no he podido menos de hacerla al llegar a referir el comienzo de mi amistad con Tamayo. ¿Qué días más felices pasamos en aquella escuela! ¿Qué amistades tan sinceras las que nacieron de sus muros y se conservaron a pesar de la distancia al calor de aquellos recuerdos infantiles.

Cuando al correr los años he pasado ante el viejo caserón de la Plaza de Vega donde funcionaba en otro tiempo la humilde escuela, ¿con qué pena lo he hecho! Ya no estaba allí; exteriormente nada había cambiado; pero el querido maestro de la infancia ya había ido a descansar de sus fatigas a la sombra de los polvorientos cipreses de viejo cementerio. Murió pobre. Sus hijos emigraron a América, a la Pampa Argentina.

Aquel ambiente escolar contribuyó eficazmente a la formación de nuestro carácter, en el que todo era extemporáneo: nada había de fingido ni de violento en nuestras acciones ni en nuestras palabras, ni siquiera en nuestros pensamientos. Eramos sinceros, buenos, sin dejar de ser movidos, traviosos como es natural en esa edad en que la inquietud material y el movimiento son elementos indispensables de vida.

La familia y la escuela no constituían los únicos factores que modelaron el alma de Tamayo. Los amigos ejercieron en él, como en todos, un influjo decisivo en la formación de su carácter.

Sus padres sumamente celosos en esto como en todo lo que se relacionara con la educación de su Jorge, ponían el mayor empeño en seleccionar sus amistades. Por su genio abierto y generoso se hacía querer de todos y a todos correspondía leal cariño; pero sólo a aquellos cuya familia y costumbres fuesen una garantía de moralidad les estaba permitida la entrada en su casa.

— Ven conmigo, me dijo un día; mi papá conoce al tuyo y me ha dicho que puedo juntarme contigo. Ven a mi casa, y allí jugaremos. También va a venir Javier, Edmundo y Emiliano y Amparo.

— Bueno; iré después de merendar, le contesté.

— No, no, me replicó; merendaremos juntos.

— Entonces voy a decírselo a mamá y voy en seguida.

Y como le dije así lo hice. Corrí a casa y fácilmente obtuve el permiso de ir a la de mi amigo.

Me esperaba éste en la puerta de la escalera y le oí exclamar apenas me divisó:

— Mamá, mamá, ya viene Fernando. ¡Cómo vamos a jugar hoy!

Doña Teresa me recibió con muestras del mayor cariño. Desde aquel día falté muy pocos a la casa de Jorge; cuando él no venía a la mía; que era muchas veces.

Tenía la casa de Jorge un largo pasillo oscuro al cabo del cual se hallaba un cuarto, cuyas ventanas daban a un patinillo interior. Aquel era el lugar de nuestras hazañas. Los pocos muebles que contenía estaban en el mayor desorden, y aún era mayor el que nosotros introducíamos. Juntábamos un batallón infantil entre los primos de Jorge y los hijos de Lasera, todos de poco más o menos la misma edad y compañeros de escuela, que sólo la paciencia de doña Teresa podía soportar la algarabía infantil que armábamos en el reducido local. A las siete o siete y media nos retirábamos a nuestras casas, quedándose en la suya Jorge y alguna vez sus primos. Antes de marcharnos doña Teresa ya nos había traído la merienda, que unas veces eran buenas rebanadas de pan con riquísima miel de los colmenares de las Clarisas de Aranda o con mantequilla de Soría; otras dulces de frutas preparados por Rosario, la hermana mayor de Jorge, que para eso como para la aguja de bordar tenía una mano primorosa.

Que ¿cómo nos divertíamos entre las cuatro paredes de aquella habitación? No sé; no me lo explico. Pero lo cierto es que nos divertíamos de veras. Algunas veces entre Edmundo que era un equilibrista precoz y yo que tenía los músculos no menos ágiles hacíamos una función de títeres. Y se necesitaba ser buen equilibrista para subir y bajar y hacer planchas entre aquel montón de sillas, mesas, catres, escaleras y otros cachivaches, que formando columnas inverosímiles, amontonábamos junto a las paredes. A veces toda aquella máquina venía al suelo con fragoroso estrépito, sin

otras consecuencias de mayor momento que los naturales chillidos de las niñas, gritos y lloros de los que había cogido debajo la pavorosa catástrofe, marcándolos con algún chichón, y el susto de los pacientes vecinos del lado, y sobre saltos y enfados de Rosario, que después de reñirnos y amenazarnos, nos ayudaba a reparar las ruinas, a colocar cada cosa en su sitio, nos enjugaba las lágrimas, nos ponía en paz, y antes de despedirnos nos aseaba y dejaba tan arregladitos que nadie sospecharía la baraúnda en que habíamos pasado aquellas horas felices.

Otras veces cuando no jugábamos en el Espoloncillo, junto a los pilones de la fuente de Vega, donde podían vigilarnos desde nuestras casas, se venían todos a la mía.

Detrás del taller de mi padre había una pieza harto más grande que la de la casa de Jorge. Era un verdadero salón en cuyo techo pendía un columpio de dos paños. En el fondo solía tener mi padre montones de trigo sin ensacar o de lana lavada y escarmenada. ¡Oh que delicia! revolcarnos en aquellos montones, dar volteretas, columpiarnos, y dar el salto mortal como sólo sabíamos Edmundo y yo...!

Algunos domingos dábamos verdaderas fiestas con programa, para las que se hacían entradas numeradas y todo. Mi padre, mis hermanos, toda la cuadrilla de Laseras, Jorge, sus primos y hermanas, hasta el mismo don Luis con toda su formalidad a cuestras, y ni que decir tiene doña Teresa, se reunían en la trastienda para la fiesta de los títeres en la que hacíamos derroche de nuestras habilidades, imitando a los acróbatas que en la plaza de toros acostumbraban a dar funciones de notable interés. Juntábamos cuantas sillas y sillitas podíamos encontrar a nuestro alcance, se improvisaba con ellas una platea, y en un rincón, con unas cortinas el camarín donde nos caracterizábamos los artistas. Emiliano y Javier eran los payasos, Edmundo y yo los equilibristas, Jorge el empresario y Amparo la cantinera.

A la hora en punto se tocaba tres veces la campanilla, y... ante un público que para sí hubiera querido Maese Pedro el del Retablo, comenzaba la función.

Salían los payasos, y allí era el reír y el palmotear. Las personas mayores alborotaban y gritaban más que nosotros. Llegaba el momento emocionante: el salto mortal. Edmundo y yo salíamos

con nuestros vistosos taparrabos. Hacíamos la plancha a la vez en los columpios, y luego el salto mortal desde el más elevado. Uno sostenía el columpio inferior con toda su fuerza para que no se moviera el superior, desde cuya palo el otro, soltando la cuerda, se erguía recto firme, y en un momento, encogiéndose velozmente su cuerpo se lanzaba al aire, y dando en él una vuelta entera, venían a caer en el mullido montón de lana bajo cuyos copos desaparecía unos segundos para saltar luego ágil entre el público que le premiaba su labor con aplausos, con vivas, con una serie interminable de besos y abrazos. Los payasos nos imitaban y caían desgarradamente, desquiciadamente, desquiciándose en contorsiones inverosímiles. Jorge cobraba las entradas, con cuyo producto se compraban caramelos y chupones en la taberna de don Segismundo.

Otras veces jugábamos a los toros, metiendo el que hacía de toro la cabeza en una banasta con cuernos. En esas ocasiones lucía Jorge un precioso capote de raso y una montera, que le sentaba lo más bien sobre su cabecita rubia.

Uno de aquellos días se casó Juanita Tamayo, la hermana mayor de Jorge con un militar que estaba en guarnición en Burgos. Con ese motivo hubo en su casa una gran fiesta. Y por el mismo tiempo, con diferencia sólo de días una pariente de su madre tomó el velo en el Convento de las Calatravas. La fiesta fué también muy sonada. A las dos acudí con mi familia y con la de nuestros amigos.

Impresionada nuestra imaginación por aquellos sucesos a uno de nosotros se le ocurrió un día la idea de jugar al entrático. Preparamos la ceremonia: en un rincón se improvisó un coro, con sillas; en otro rincón un locutorio. Las chicas sacaron no sé de dónde unas tohallas y se armaron de sendas tocas. Yo hice unos bonetes de papel para los curas, y una mitra para mí que había recibido la dignidad de obispo. Mientras estábamos en este trajín, Jorge se separó con su prima Anita a un rincón y allí estuvieron cuchicheando.

—Nosotros somos las monjas viejas, dijo Amparo señalando a Luisa, y a Clotilde, y esa, Anita, la monjita nueva.

—¡Ay que gracia!, contestó Anita, a mí no me gusta ser monjita nueva.

—¿Por qué?, preguntó a coro el improvisado capítulo con su Abadesa.

—Porque yo me caso con este, replicó

rápidamente Anita, señalando a Jorge.

—Entonces si tú te casas con Jorge, yo me caso con Fernando dijo Amparo, quitándose la toca y poniéndose a mi lado.

Me quité la colcha roja que hacía de capa pluvial, y la mitra de papel, y se las dí a Edmundo diciéndole:

—Anda, tú eres el obispo, y nos casas a todos.

Se deshizo en un santiamén el convento, y con la misma celeridad se armó una capilla en donde con la mayor seriedad se celebraron las improvisadas bodas. Hubo desfile y no faltaron ni los acostumbrados regalos. Jorge regaló a Anita un reloj y cadena de oro de diez y ocho quilates, que compró en las barracas de San Pedro por tres perras chicas, y yo le dí a Amparo un librito de cuentos de Blanca Nieves, que don Tomás me había regalado el día de su santo.

Así se deslizaban aquellos días felices de la infancia. Los padres de Jorge, los míos, y los de nuestros amigos veían complacidos esas amistades sencillas, inocentes y alegres como la de los graciosos pajarillos que rejocijaban con sus trinos la tupida arboleda del paseo en frente de nuestras casas.

Entre los apuntes de Jorge hallé algunos, pocos, pero preciosos para completar el anterior cuadro, que de nuestra infantil amistad queda trazado. Las primeras impresiones de su vida están vivamente reflejadas en las páginas que siguen donde se adivina el espíritu delicado, sensible y profundamente cristiano, que como un sedimento inagotable fué depositando en él la vida del hogar. La visión artística, la evocación emotiva, la piedad sólida y afectuosa modelaron su alma desde el momento en que se abrió a las primeras sensaciones de la vida. De ello son la expresión sincera estas páginas que siguen, escritas, no para que las contemplara la mirada indiscreta de los curiosos, sino para solaz de su alma en los momentos en que el dolor se la desgarraba en cruel ironía.

(CONTINUARÁ)

A un amigo que me pide un soneto

*Me pides un soneto, amigo Carlos,
y en verdad que me pones en un brele.
Ha tempo que mi musa no se mele
a buscar consonantes y agruparlos
en versos de algún fuste, que a emplearlos
cual pudiera un indocto mozalbeta,
sin ton ni son, traídos del copete
no me fuera difícil encontrarlos.*

*Así que por los nones me pronuncio.
Sentiría pudieran inculparme
de hacer un mal soneto, y ABRENTUNTIO;
no me quiero por nada rebajarme.
Vete si quieres con el cuento al Nuncio,
y cesá de una vez de molestarme.*

Mariano Gutiérrez y del Río.

LA GAITA

Escuchad...!

*De los dorados castañares viejos
vienen los dejos*

de una dulce gaita que olvida el lugar.

¡Se vá para lejos

y acaso á la aldea no vuelva á tornar!

Gaita, campesina gaita,

*que en las gratas noches de la primavera
sonabas alegre por la carretera
regalando, brüja, tus notas al viento,
deja tu armonía, tu cadencia entera
en la aldea tuya y en mi sufrimiento.*

Viejos castañares,

que de estos lugares

la oís despedirse, sollozando notas,

¡decidle que vuelva que tengo pesares,

castañares viejos,

decidle que deja mis canciones rotas!

HERMINIA FARIÑA

Diante unha virxe morta

Frol qu'inda ben non naceu,
murchouna do sol o lume
e da ponla ô chan caeu.
Mais o seu puro perfume
subiu, inmortal, ô ceu

Como naceu un amor

Un poeta ceibou un suspiro,
y-o suspiro, ô subir, tropezou
c-unga estrela q'errante fuxía,
e do choque naceu un amor.

MEU ROSAL

Prantei entre meus recordos
a rosa que ti me deche,
dinlle calor do meu peito,
gardéina ben pra que naide
de tal xoia me soupera,
a pra que nada faltase
regueina con vágoas quentes.

A rosa agarrou, e foi
primeiro un rosal, pequeno,
logo un rosal com' un árbre,
y-o fin unha rosaleira
¡Y-eu entanto me morría
no mais profundo misterio!
Morría porqu-as espiñas,
-afiadas ponzoñentas,
co-a fel de tantos recordos
e de tan amargas penas
cam-en miñ-alma deixou
a-rosa que ti me deche-
todas se cravaban, todas,
n-o medio e medio dá frente,
e, como vermes de morte,
roían entre meus sesos.

Y-eu toleei recordando
aqueles pasados tempos,
en que me deche unha fro
que levabas sobr'o peito,
e d'enton, pol-os camiños,
ando cantando querencias.

Alvaro María de las Casas.

A eterna Colombiña

Arlequin vaille dar serenata
á unha ingrata.
E non sabe que mentras él vela
entoando amorosa cantata,
ela
coida en soños qu'a mol cantinela
sai da groba de Polichinela.

AVELINO RODRIGUEZ ELIAS.

PASABAN....

A la distinguida Sra. Vicenta del Caso de Rivero
Muy respetuosamente.

Pasaban las horas
Pasaban muy raudas,
Cual pasan los ecos
De tristes desgracias.
Pasaban tus ojos
Con dulces miradas,
Cual pasan del cielo
Nubes encantadas.

Pasaban sonrisas
De bocas perladas,
Por labios sublimes
Que besan las almas.
Pasaban sensibles
Cual enamoradas,
Tus manos sutiles
Como descarnadas.

Pasaban haciendo
Obras delicadas,
Que las retocaban
Las musas y Hadas.
Pasaban alegres
Aquellas mañanas,
En que cual Murillo
Sonriendo pintabas.

Pasaban al lienzo,
Muchas pinceladas;
Que a Diego Velazquez
Tambien imitabas.

Pasaban del «Cristo» (1)
Con obras tan magnas
Cual «Verdi» (2) y «Obispo» (3).
De tu tierra santa.

Pasaban felices
Las rosas tempranas
Si las dirigias
Tus tiernas miradas
Pasaban los cantos
De las madrugadas
Con dulce armonía
Si los escuchabas.

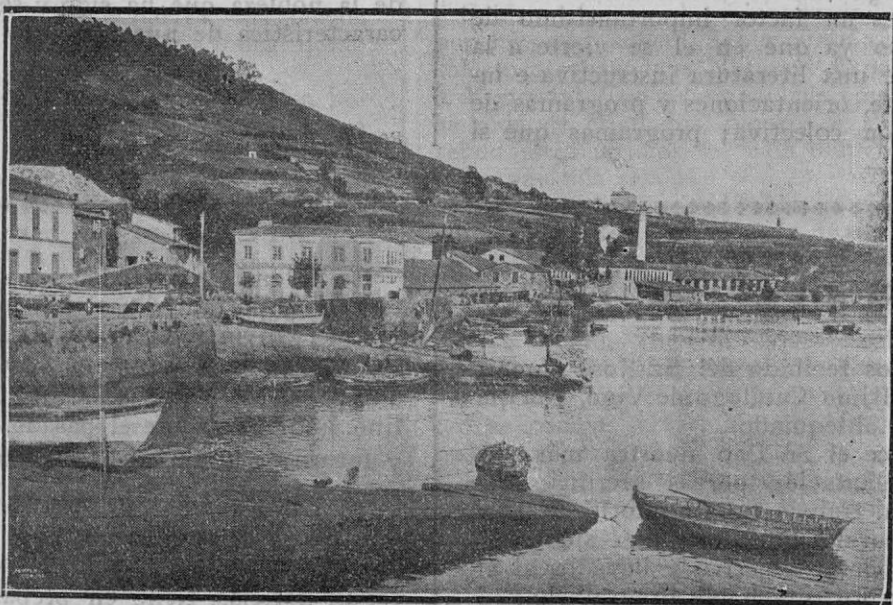
Pasaban de fuentes
El correr del agua
Haciendo murmurios
Que a ti solo hablaban,
Pasaban las brisas
Al romper el alba,
Diciéndote cosas
Que tu interpretabas.

Pasaban contentos
Suspiros del alma;
Cuando te sentías
Muy enamorada.
Pasaban tus dichas
De hija preclara,
Para ser esposa
Y madre apreciada.

BENJ. MART. CADILLA.

Córdoba, General Paz 12/5/923.

(1) (2) (3): Sus cuadros pintados al óleo.



PUNTEDEUME—La Rivera.

DESDE ROSARIO

En el camino del Progreso

Para "A TERRA"

Noticias progresistas que nos entusiasman, nos llegan de la vecina provincia; la docta Córdoba. Nos entusiasman porque son nuestros paisanos allí radicados los ocasionantes, quienes agrupados en una institución ejemplar iniciaron el resurgimiento colectivo y marchan con éxito brillante por el camino del Progreso.

La importancia del Centro Gallego es por todos nosotros conocida. Y digo importante porque a mi manera de entender, las instituciones no lo son por sus muchos fondos en dinero, ni por que allí se encuentren congregados miles de asociados.

Son importantes las que, como el Centro Gallego de Córdoba tienden por todos los medios posibles a estrechar vínculos de todo orden entre España y América, dando a conocer nuestra propia personalidad, cuyo concepto hasta hace bien poco no fué del todo halagador.

Un órgano como la revista A TERRA que acoge amable estas líneas mal trazadas, es un factor importantísimo de progreso ya que en él se vierte a la par que una literatura instructiva e interesante, orientaciones y programas de evolución colectiva; programas que si

tratamos de efectivizar llegaremos con ellos a colocar bien alto y como corresponde el pedestal encima del que ha de colocarse el nombre de Galicia.

Nosotros los gallegos de Rosario caminamos paralelos con el mismo derrotero de nuestros hermanos de Córdoba y nos orientamos hacia las mismas aspiraciones.

Por eso es porque os admiramos y sentimos por vosotros una inclinación de simpatía no fácil de describir en breves líneas, de vuestros triunfos colectivos nos enorgullecemos porque con ello se tiende a honrar a Galicia en particular y a todos los gallegos en especial.

Permitid pues que yo en nombre de todos los paisanos aquí residentes os envíe unos abrazos fraternales, abrazos a través de los que debemos ver entusiasmo para seguir bregando con tesón en pro de nuestro mayor engrandecimiento, y luego sentirnos aún más orgullosos en el final de la meta cuando todos los pueblos se inclinen reverentes ante nuestra obra progresista doctada de la nobleza que ha sido y será firme característica de nuestra raza sin par.

EULOGIO I. GARCIA.

Rosario, Mayo de 1923.

Catálogo de Vigo

Hemos recibido del Sr. José Cao, el hermosísimo Catálogo de Vigo, con que nos ha obsequiado.

Merece el Sr. Cao nuestra más sincera felicitación por el sacrificio que importa, trabajo tan meritorio. Vigo y sus naturales encantos, han sido recogidos por el objetivo y llevados al álbum en un intachable litografiado.

Es, además avaluado por colaboraciones importantísimas de los Sres.: Manuel Olivie, Avelino Rodríguez Elías, Carlos Gándara, Laureano Cao Cerdido, Jaime Solá, Eduardo Cabello y Marcelino Fábregas, sobre el pasado, presente y futuro de la floreciente Ciudad. Debe estar satisfecho el Sr. Cao del éxito alcanzado, y no dudamos que, este, ha de ser acrecentado por los trabajos que según noticias, tiene en preparación.

O TIO MISERIA

Conto Meta D'Este Mundo, E Meta D'O Outro

Era o tío Miseria o labrego de mais bon humor de toda a comarca. Daba xenio ver aquel home de cote alegre, risono é churrasqueiro, é sentiase unha comezón d'envexa ô miralo tan feís. ¡Vaya si era feliz! E tiña porque selo: pois gráceas á Dios ô bon d'o petricio nunca lle faltou nada n-este mundo... pra morrer de fame.

Pol-a súa posición social podriáselle chamar burgués á boca chea e ser apuntado n-o libro roxo d'os anarquistas pró día d'as venganzas; porqu'o tío Miseria era tod'un señor propietario, dono absoluto d'unha leira de cinco varas de longo, e d'unha casa tenesía de moitas comedidades, onde cabían perfectamente de pé, él, á parenta, un fillo y a vaca marela. Y-einde quedaba siteo pra catro mais... poñéndoos unos enriba d'outros.

En cant'a comer, n-a su cauza comíase ben. Pol-a mañan verzas con auga, ô medeo día auga con verzas, e â noite volt-âs verzas e volt-âs verzas e volt-â y-auga. O estómago d'o tío Miseria foi conseqente c'as verzas tod-a vida e gardenlles fidelidade hastr'a sua morte. ¡Talladas... nin velas! Nunca quixo trato co-as talladas!

O Tío Miseria era ademais dor'un home importante: un ciudadano libre á quen o Poberno encheu xenerosamente hastr'a coronilla de dereitas ceviles e politecos. Como que tiña o dereito de pensar... que men tina un carto, o de casarse e crial-os fillos, o de comer versas e beber auga d'a fonte, o de votar... ¡y hastra o de estoupar! E todo iso a cámbio de bèn pouca sousa: total, unhas pe-setiñas de contrafurceau pol-a leira, outras poucas pol-a casa, algunhas mais pol-o consuma d'as verzas, e o importe de tres cédolas: a sua, a d'a parenta y-a d'o fillo.

¡Y hastra houbo quen quixo facerlle pagar a d'a vaca por cuesteon d'analogía!

Era tamén o tío Miseria un home ilus-

trado, gráceas ô Poberno, que lle puxo unha escola n-a parroquea pra que dependese todo que pode insinar un maestro d'incompreta á quen o Autamento lle pagaba por trimestres vencidos todol-os seus haberes. ¡Pero aqueles trimestres debían de ser valentes como rayos; pois o probe d'o maestro, por moito que pelexou co-éles, nunca consiguíu velos vencidos!

Aquel dómíne incompreto, insinoulle ô tío Miseria moitas cousas. Por de contado o primeiro día d'escola xa lle insinou os codos rompídos, duas ventanas n'o pantalón con vistas interiores y unhas botas tan alegres que se rían á caracaxadas autr'o material y as solas.

Insinoulle tamén qu'ô que ten catro pesetas si lle sacan dezaseis reás non lle queda un carto, qu'as letras d'o abecedario son letras que non se croban, e qu'ô que non come... auna.

A parte d'iso dependeu o tío Miseria, sin que ninguén ll'as insinase, total'as verdades de Perogrullo, y o-outras moitas cousas que non eran de dispidir.

Sabía qu'ô mundo é coadrado, ¡que non he pouco saber! Sabía que n'a terra solasmente hay duas Nacions: España e a Mourería; e qu'a humanidade compouse toda de cristianos, mouros é xudíos, sendo estos últimos os mais numerosos. ¡Cuasque tiña razón!

Sabía qu'un home de ben non debe ampararse d'a xusticia, senon fuxir d'ela como d'o lume, e que total-as leises refúndeuse n'unha: á lei d'o embudo.

Sabía tamén que o inferno é un fornomois grande cheo de sapos e cóbregas, que está debaixo de nos, (anqu'ás veces dudaba si tenemos outro dentro); y-o se comen verzas, nin se paga contrebuceon.

E sabía (de moi boa tinta) qu'ô Scretario d'o Autamento, o deputado d'o destrito, o xefe d'a politeca, y-o señor Puote (qu'era o mais rico d'a parroquea e daba cartos á rédeto ô sesenta por

cento) habían d'ir todos ô inferno de cabeza, levados, un dempois d'outro, de vaixo d'o brazo, pól-o mésmo demo en persoa; namentras qu'á él, ô probe tío Miseria, xa lle tiña Dios perparado un bo sitio n'o ceo á man dereita, pol-as moitas qu'estaba pasando n-este mundo.

Pensando n'iso; qué felis se consideraba tío Miseria! Non cambearía o seu pelexo pol-o d'o mésmo rei en persoa; por qu'o que él decía:

—Pró tempo qu'hei d'estar n-este mundo me dá comer verzas que polos; pro deixá, que n-o outro xa me desquitaréi!

Y-esperando o desquite, o noso home tiña por forza que ser o mais felis de tod'a parróquea.

Por eso, cando chegou o día en que xa nin as verzas daban abasto pra matar a fame de todol-os d'aquela casa, y-houbo qu'embarcar prá Boenos Aires ô úneco fillo, mamentras á parenta choraba os sete chorares, o tío Miseria, aunque sentía andar a porcesión por drento, escramaba fregándose as maus.

—Cala, muller, cala. ¡Deix'o ir! Cantas mais desgráceas nos veñan n'esta vida, mais satisfacción nos esesperan n'á outra. ¡Hoxe gañamos o menos... oito ferrados de gloria!

O tío Miseria pra mandar o fillo ás Amérecas, empeñose inda máis d'o qu'estaba. Fixólle roupíña nova, pagou una mar chea de pesos pra pasalo por alto por coasa d'as quintas, e cando foi á dispidirlo ô barco meteulle n-a faltriqueira os seus últimos afonas e, dándoll' un bico y-un abrazo, díxolle:

—Adios meu filliño. Si non volve-mos a vernos n'este mundo e vou eu diante, cando ti morras, perguintall'á San Pedro por mín, qu'él che guiará á ond'eu esté. Conque... hastra aló, e non chores, que por chorar non ch'han de dar nada.

A pregunta qu'o tío Miseria l'encargon prá San Pedro ô seu fillo, xa tivo éste ocación de facerlla ôs dous meses d'estar en Boenos Aires. O probe rapás matárono as soedades. Y-enantes de morrer, revolvéndose n-a cama d'o hospital, de ves en cando entornaba os ollos e soñaba... c-oas verzas d'acas d'o seu pai.

Y-o enfermeiro dicía:

—¡Si será burro o d'o número 6! ¡Está moñedando caldo de galiña, y-él non que sospirar pol-as verzas!

O tío Miseria, cando soupo a morte d'o fillo, púxosell'un mi n-a gorxa y estivo dous días sin porbar as consabidas verzas (aquelas verzas qu'eran como si dixéramos ô blasón d'a familia), per'ô terceiro: botan o mí prá baixo, y-excra-mau:

—¡Quen como él! ¡A tal hora está n-oceo dandos'a gran vida; y-u eiquí tragando verzas! ¡Non merezo perdón de Dios, si me poño triste por él!

E votous'á rir á carcaxada limpa.

¡Cando digo eu qu'o tío Miseria era o home mais felis d'a porroquea!...

O seguinte día ven o menistro d'o Xusgado á notificar ô tío Miseria o embargo de todol-os seus béns inmoebles, moebles... e semoventes; pois o señor Picote, á quen o noso vello acodía n'os casos d'apuro, compadecido d'a suas lástemas, tínalle prestados sus cartillos que, c-o sesenta por cento de rédetos, sumaban mais qu'a conta d'o Gran Capitán. E com'o último prazo vencera facía cuatro días, y o señor Picote era un home moi xusto e puntual en total-as cousas, botouse enriba d'o tío Miseria prá crobarse capital é rédetos, todo xunto.

¡Y-estaba moi ben feito iso! O señor Picote era un home rico, solteiro e sin obrigacións; pró iso non lle fai. ¡A cada un hai que darll'o qu'é seu!

Ademáis o tío Miseria non tiña goberno ningún, e dábase vida de creyo, en vez de facer economías prá pagar á quen debía. ¡Si, si, o noso home botaba de largo! ¡Houbo día que se popou catro verzas... o ben lle bastaba unha!

Cando o menistro lle dou á noticia d'o embargo, o tío Miseria fixo un punto de muiñeira co-a legría, y escramou:

—¡Ei carafio! ¡Choven as desgráceas á eito! Millor que millor. Hoxe vou gañando seis ferrados mais de ceo.

Pró a velliña d'a parenta nin estaba moi conforme co-aquelles cachos de ten-co qu'o seu home iba adequerindo no mundo d'averdá, nin concencerse d'a boa sorte que lles entraba pol'a porta.

—Mira, home—díxoll'ô tío Miseria—se por cada disgracia que nos caye ô lombo, ganásemos somentes unha coarta de terra n-a gloria, xa éramos hoxe d'as suas terceiras partes d'o ceo.

—Non botes herexías, muller.

—O herexe eres tú que pol-o visto queres qu'arrauxemos con tod'a fincabilidá de Dios Noso Señor. O millor é que te deixes de foliadas, e vayas á villa

afalar c-o señor Picote á ver si nos dá siquera quince días mais de prazo enantes de embargal-os bens.

—Boeno muller. Voum'alá, por dar-che gosto; pró dam'o corpo qu'hei de sacar eu d'o señor Picote... ó que sacan os polos d'o miñato.

E dalle que dalle alá, se foi o tío Miseria, camiño d'a vila, onde pasaba os invernos o señor Picote.

Este iba fora d'a casa, y-o noso vello tivo que n-o portal. Alí s'estivo mais d'unha hora, hastra que viu aparecer n-o médeo de seis amigotes ó señor Picote, de chistera e lambita, e mais tesó qu'un galo.

Erao tal señor, un d'eses ricos demócratas e campechanos que se desviven por millorar a situacéon d'a crase traballadora; esa crase infelís, que como él dicía, é perciso redimir á toda costa. (Y-enantes de redimila... escomenzaba ridimindoll'os bens).

N'a-aquel momento viña d'unha Reunéon Obreira, onde perdicara aquela tarde, pidindo, antre salvas d'aprausos, moito igualdá, moita libertá e moita fraternidá; pero moita moitísima, o menos... ¡un sesenta por cento!

O ver ó tío Miseria, adiantándose Picote ós mais amigos, sombreiro en man, arrodillouse diante d'él, con gran asombro d'o vello qué, de pé, tamén descuberto, e co a boca d'un palmo mirábao, creido que se volvera tolo.

—¿Qué iso? ¿Vosté que fai?—dixeron todol-os amigos achegándose.

—Arrodillaivos todos—respondeu o señor Picote. ¿Vedes este homiño de calzón e cirolas? Pois ben: eiquí tendes un representante enxebre, d'esa probe crase que sofre e cala, que traballa e non come...

—¡Señor; vosté fala com'un libro!—interrumpeo o tío Miseria. —Pró levántese!

—Sí—continuou o señor Picote. —¿É todo iso pra qué? Pra manernos á nosoutros os ricos.

—¡É mais ten razón!—volveu a interrumpir o tío Miseria.

—Sí; eiquí o tendes; ó probe d'o labrego, Prometeo...

—Eu non me chamo Mateo, señor.

—Promoteo d'o traballo, eterno escravo d'a terra que vai regando c-o seu sudor y-as suas bágoas. Sin os labregos ¿qué sería de nosoutros? ¡Ai d'o día en que conezan e que valen, e s'ergan todos prá recramar o que se lles debe!

¡A min non me deben nada, señor! Son eu o que debo...

—Entón, o confriecto agrícola, será cando de más defícile solución qu'o d'a crase obreira. Por iso á estos infelices, que son os mais castigados y-os que menos recraman, debemos... ridimélos a toda costa.

E dito isto, en médeo d'os aprausos d'os outros amigotes, doull'un bico y-un abrazo ó tío Miseria, que sin saber o que lle pasaba, decía escontra sí:

—A este home debeulle tocar Dios n'o cosa. Me paresce que meu se contenta con dar-me quince días de prazo. ¡D'ista feita, perdóame as rédetos!

Namentras, dispideuse o señor Picote d'os seus amigos, que marcharon escramando:

—¡Este si qué o que se chama un home! ¡Se todos'os ricos foran como él, que ben andaría o mundo! ¡Gañaba pol-o menos... un sesenta por cento!

No ben quedairon soilos o tío Miseria y-o señor Picote, dixó éste, cubríndose e cambeando de tono:

—Vamos a ver ¿qué tragues por acó? Sei que vés á pagar?

—Señor—responden o tío Miseria, dándolle voltas n-a man á monteira—en ó que viña era... á pedirlle...

—Huy! ¡Malo! ¡Malo! ¡De cote habedes de vir pidiendo!...

—Señor, eu quería que mandase suspender o embargo.

—Boeno, pois... Solta os cartos.

—Señor, eu non-os teño. Si vosté me dése un prazo de quince días...

—Ta, ta, ta. ¡Conque lénás me ves! ¡Ti eres parvo ou faste?

—Señor, tena lástima de min. Son un pobre labrego como dicía vosté moi ben.

—O que sodes todos vos é un ataxo de galopins.

—Pró ¿vosté non dicía?...

—¿Qué dicía eu? ¡Cousas que tí non entendes! ¡Eu falaba en xeneral! En fin... home... deixame de lérias e toma á porta.

—Señor: ¿e si m'embargan mañán, onde me meto eu c-a parenta,

—¡Métete n-o inferno aunque sea! ¡Qué me contas a min!

E dándolle un empuxón, botouno n-a calle e doulle c-oa porta n-os fuciños.

O tío Miseria, quedou como quen vé visións, e marchouse cara o seu lugar, dicindo esconatra,

—; Isto xa o esperaba eu! ; Pró á muller é tan terca!...

; Boeno! ; N-hai que facerlle! ; Alégrate meu vello! Hoxe gañache outro ferrando de sembradura n-o ceo.

O día seguinte foi a xusticia a embargalle todo canto tiña; y eise que viu á vaca fosa, a tío Miseria dándolle'un abrazo, escramau:

—A esta si que que non-a volvo á ver nin n-este mundo nin n-outro. ; Pró... n'importa! ; Xa me darán vacas n-o ceo!

Cand'o tío Miseria e a parenta s'atoparon fora d'a sua casa n-o médeo d'o arró e sin mais fortuna qu'a que levaban ás costas, a sua compañeira acabouse ó de convencer de qu'os dous eran xa felices e donos o menos d'as tres coartas partes d'a gloria, e chea de satisfucións, doulle un patatus co a alegría, marchándose d'as resultas, pró outro mundo n-un santiamen. ; A probe vella, sin dúbida, dábase presa, pra tomar posesión d'os bens qu'ela y-o sen home adequeriran n-o paradiso!

O tío Miseria acompañou o cadavre hastr'o cimiterio, meteu a caixa n-a caba, botoulle terra enriba é logo, arrodillándose e mirando pró ceo, escramou:

—Adiós miña compañeira. Darasl'un abrazo ó fillo, y-hastra logo. ; Esperáde-me calquera día d' estes!

Efeutivamente o probe d'o vello ainda nontardou un mes enir á xuntarse c-a familia.

Unha mañá apreceu morto drento d'as ruinas d'o antigo palacio d'un señor de forza e coitelo.

; Morreu de fame... qu'é a maneira mais economéca de morrer que se co-nece.

R. I. P.

II

O despertar o tío Miseria n-a outra vida, escomenzou á rabir mais listo qu'un bostrego: y-abó enriba, n-a metá d'o camiño, entre ceu e terra, abriu os ollos d'a y-alma, e quedouse pámpano d'admiración ; A cousa n'era prá menos!

Aló, n-as profundidades d'o espazo, o mundo cheo de Picotes e tíos Miserias, xiraba costa abaixo, hundíndose cada ves mais n-a escuridá d'as abismos sin fin. Enriba e pol-os costados, outras millares de millóns de mundos, camiñaban, Dios

sabe a onde, dando voltas e voltas o mesmo que rodas de muiño.

—; Eu eiquí voum'a perder! — escramou o tío Miseria mirando pra baixo car'o praneta que deixara pra sempre, é que, cada vez mais bauxe, parecía un verme de lus que s'iba apagando e apagando, hastra qu'ò fin, desapareceu... aló... n-as inmensas negruras d'o infinito.

—; Vaite con Dios! — dixo noso vello —; O mund' ond' en estiven n'era nada! ; Parece mentira que tanto pelexemos uns c-os outros drento d'a quel gran de illo! ; Cando chegarei o seu? De fixo que xa m'an d'estar esprando con foguetos e gaitero. ; Ei, carafio; voume a probar de todolos malos tragos qu'aló embaixo me fixeron pasar!

N-estas y outras conversas consigo miso iba emboubado, cando de repentealcontrouse á porta d'unha casa moi grande pintada de roxo.

—; Será este o ceo? Vou á petar.

E dou tres patadas que resoaron como tres cañonazos.

Entrabreus'a porta, e saiu por ela unha labarada qu'o tumbou para atrás.

—; Demoro! — escramou o tío Miseria. ; Eiquí seiqu'están cocendo broa!

—; Quen raxo and'ahí? — perguntaron dend'adrento.

—Un defunto, señor.

—; E de onde ves?

—De Xallas, pra servir á Dios y-a vosté.

—Sivirlo á él y-a min á un tempo, é un pouco dificil.

—Será, señor.

—; Cala! ; Ti eres Picote? Casualmente estabamos esperádoche.

—Dispense, pró eu son o tío Miseria.

—; O tío Miseria! ; E que che se perde eiquí? Si non tocal-o zoco mais que de pre a colbo un tizón e quémoch'a y-alma.

—Non s'incomode, señor.

— Pouca conversa, e segue o teu camiño, que n-o inferno malid't'a falla que ti fas.

—; Nunca Dios pra mal me dera! ; Vin á dar o inferno! ; Nunca che creín que cadrase tan euriba! — escramou o tío Miseria. Por eso... xa me daba mala espiña. Eiquí cheira á corno queimado! E pol-o visto deben de morrer tamén o señor Picote, pois xa o están esprando. ; Hala prá diante! ; Mailo será que nou deac-o ceo!

E siguen, sube que sube, hastra qu'alo eusiba, moi eusiba, antr'arbres d'ouro con follas de perlas, viu unha porta grandisema que tina solo por cravos.

— ¡Esta é a porta d'a gloria! ¡Non me cabe dúbida! ¡Apuremos o paso! ¡Qué bon recibemento vou a ter!

O decir esto, sinteu ruido de pasos ás suas espaldas, mirou car'atrás, e... ¡ou asombro! ¡viu o señor Picote en persoa, que tragía o mesmo camiño qu'él.

— ¡Nunca Dios prá mal me dera! ¡O señor Picote por estas alturas!

— Hola, tío Miseria — dixo o señor Picote, achegándose — xa soupen que moverche, porque quería pedirche perdón rreras o mesmo día qu'eu, y-alégrome de por tod-o mal que che fixen aló embaixo.

— Hum, hum — respondeu o tío Miseria, meneando a testa, — vosté sei que me quer volver á botar d'aquel día n-o portal d'a su casa! ¡Pois mire qu'agora non l'estamos pra furlas!

— Dígocho de veras.

— Enton... non fale d'iso. Eu perdónoo de curazón; o conto é que tamén Noso señor lle perdoc as moitas que vosté leva feitas.

— Dios xa me perdonou. Arrípiantime á hora d'a morte de todol-os meus crimes.

— Mire: eu non lle desexo mal, proheille dicir unha cousa:

— ¿E que é, hó?

— Faill' un pouqueniño, estaban esprando por vosté n-o inferno. ¡Seillo de boa tinta!

— Sí; pró cando me esperaban einda eu non fixera o auto de pefeuta contrición. O arrepentemento foi coestión d'un segundo.

— Pois... alégrome e... sigamos pradiante. Eiquí parados non facemos nada. Diga: eso que se vé ¿será gloria?

— Sí, home, sí. Xa o dí o letreiro que ten enriba. ¿Tí non sabes ler?

— Sí, señor, pró son de vista cansada y-es quen cérouseme os anteollos. Quedáronme debaixo d'a terra, n-a faltriqueira d'o pantalón.

N-esto chegaron á porta d'a gloria, y-o señor Picote adiantouse a chamar.

— ¿Quén anda ahí? — preguntou San Pedro.

— Señor; eu son Picote.

— ¡Xa temos eiquí o señor Picote! — berrou San Pedro, batendo palmas co-a alegría.

Y-as portas d'o ceu, abríronse de par

en par, en medeo de vivas, músecas e foguetes.

— Cando reciben á ese con tanta foliada ¿qué será a min? — dixo o tío Miseria o seu coletó; e tratou de meterse pol-a porta, detrás d'o seu compañeiro de viaxe.

— ¡Ei, paisano, ¿á onde vas? — díxole San Pedro con malos modos, empuxándoo prá fora, e fechando a porta.

— ¡Señor, San Pedro — escramou o probe d'o velliño — eu son o tío Miseria! ¡Dios mío! ¡Tamén eiquí!

— ¿Quén eres — preguntou San Pedro dend'adrento.

— O tío Miseria, señor.

— Berra mais, que e-o estoupo d'os foguetes non oyo ben.

— ¡O tío Miseria!... — escramou o noso home á berro pelado.

— ¿Conque t'ieres o tío Miseria? ¡Boeno! ¡Entra, e nou m'armes escandeleiras á porta.

Abriron médea folla, y-o tío Miseria colouse n-o ceo sin que ninguén saíse a recibirlo.

— ¿Onde están a parenta y-o fillo? — foi o pirmeiro que preguntou.

— Búscaos, qu'ahí han d'andar — respondeu San Pedro volvendoll'as espaldas.

O probe d'o vello quedouse tradado e sin entreverse á pasar d'a portería.

— ¡Ay! — escramou sentándose n-un corrunchiño. — O señor Picote, recébeno eiquí con múseca e foguetes, e á min, dempois de tantos méretos, trátanme o ¡Adiós miñas esprañías! ¡Pol-o visto n-este mundo fonll'os probes como n-o d'embaixo! Saín d'un souto... e méto-mésimo qu se pasa un can, fora a y-alma, me n-outro.

N-esto Dios Noso Señor, que cadraba de pasar por alí, o mirar o tío Miseria, triste e pensativo y-acurrucado, achegándose a él, colleuno por unha mau, levantouno d'o chan, e díxolle:

— Vente connigo, tío Miseria, que eu che levarei xunt'á tua muller y-o teu fillo prá que vos sentados os tres o meu lado por toda unha eternidá!

— Gráceas, señor, gráceas — escramou o tío Miseria; — si vosté non fora, eiquí ninguén facía caso de min. ¡Cómo son un probe!... ¡Si fora rico com'o señor Picote!...

— Eiquí n-hai probes, nin ricos — respondeull'o Señor bondadosamente.

— E... poida que vosté teña razón; pró...

—Xa sei que che pareceu mal qu'ó señor Picote o recibesen millor qu'a tí.

— Señor — dixo o tío Miseria rascándose'a testa, — iso á min ¿porqué m'había de parecer mal?

— ¡Mira, que eiquí non val mentir!

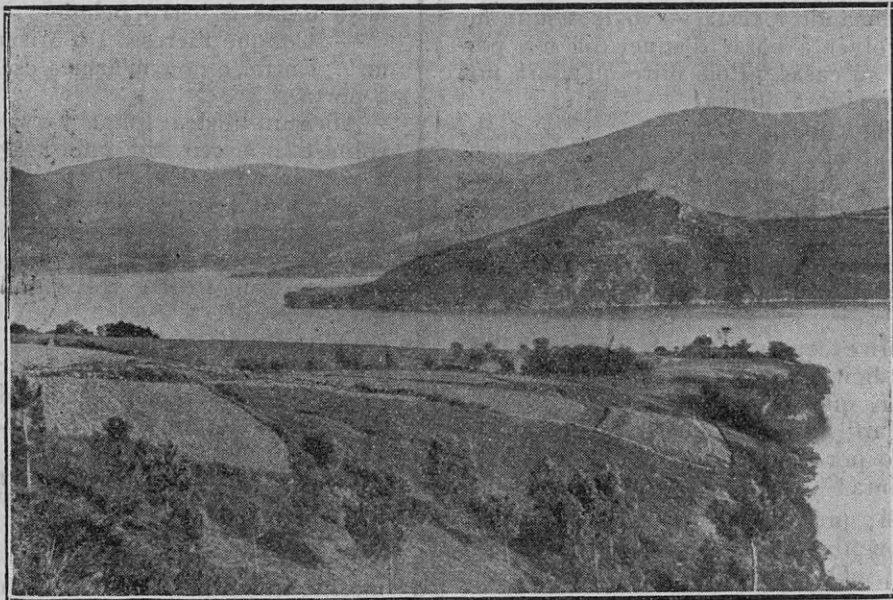
— Pois... s'hei de dicir verdá, eu espraba outro recebemento. ¡Somentes vosté sabe o moito que teño sorido con pacencia prá gañar á groria!

— Xa o sei. ¿Pro tí iñoras por qu'á Picote recibiron millor qu'á tí?

— Eu, señor... si vosté non m-o di...

— Pois voucho a dicir. A entrada n-a groria d'un pecador arripentido, regoci-xamos mais qu'a de cen xustos. ¡Estamos tan pouco afeitos á iso! Eiquí d'os Picotes, chega un por casoalidá de mil en mil anos; tíos Miserias como tí... ¡entran a patadas á todas-as horas!

Enrique Labarta.



ORTIGUEIRA—Río Sor.

CASA INTRODUCTORA — Tejidos - Mercería - Ropería - Sombreros — Ventas por mayor y menor

Secundino E. Rey

Propietario de los afamados Trúes de un ancho y doble, Marca LA ROSARINA—A y A—A

SIN COMPETENCIA



219 - San Jerónimo - 231 — Córdoba



DE ORENSE

Santa Marina de aguas Santas

Más que los doctos reparos fundados en sólidos razonamientos, que opone el erudito Flores a la historia de la mártir gallega Santa Marina, satisfacen al que visita los pintorescos lugares de Aguas Santas y sus cercanías, la ingénuu narración del Obispo Muñoz de la Cueva, basada en las lecciones de los antiguos breviarios, y apoyada por la tradición constante en el país y por los vestigios y monumentos que en él se conservan, recordando los principales acontecimientos de la piadosa leyenda. Quien se proponga estudiarla a la luz de la historia, habrá de desentrañar ante todo si el glorioso tránsito de Marina se realizó en los últimos tiempos del imperio del gran Adriano, o ya en los azarosos de la horrible persecución contra los cristianos, llevada a cabo por Diocleciano: examinará la semejanza de detalles y la identidad de nombres que se notan en las vidas de Margarita de Antioquía y Marina del territorio Límico; y tratará en suma, quizá sin lograrlo, de formarse exacto juicio de la verdad de los hechos. Pero el viajero, cuyo único propósito es visitar una antigua iglesia, solicitado por sus aficiones artísticas, prescinde con gusto de internarse en el intrincado dédalo de la investigación histórica, limitándose a

conocer aquellos detalles que pueden proyectar alguna luz sobre el monumento que se propone estudiar.

Por otra parte la vida de Marina es en líneas generales la de la innumerable legión de vírgenes que sufren gozosas el martirio, antes que adorar a los antiguos dioses. Nace, según Muñoz, en Ginzo; muerta su madre es entregada a una nodriza que andando el tiempo, la instruye en la fé cristiana; recibe el bautismo en Piñeira de Arcos, y su padre, noble romano, al saberlo, la abandona. Crece Marina en años y al llegar a los quince atrae por su belleza al Presidente Olibrio que trata de apartarla de la fé y la hace mil tiernos ofrecimientos. Exasperado por sus constantes negativas, la encierra en la fortaleza de Armea, y viendo la inutilidad de sus esfuerzos la martiriza bárbaramente. Marina es azotada en público, colgada en el eculeo y desgarradas sus carnes con peines de hierro, abrasado su cuerpo con teas y hachas encendidas, arrojada a un horno, de donde, según la tradición la saca San Pedro, y finalmente decapitada. Durante su martirio se suceden los prodigios y al rodar por tierra su cabeza dá tres saltos y brotan tres copiosas fuentes...

(Continuará)

Armería RIVADAVIA

VÍCTORIO PINZANI

La mas barata

RIVADAVIA esq. 25 DE MAYO - Córdoba



INFORMACIONES



Asamblea General Extraordinaria

En segunda convocatoria se celebró la anunciada Asamblea General Extraordinaria el día 3 del corriente, aprobándose sin objeción alguna el acta de la asamblea anterior y resumen general de las cuentas del ejercicio que finalizó.

La nueva Junta Directiva ha quedado constituida en la siguiente forma:

Presidente, señor Ramón Rivero.

Vicé Presidente, señor Juan P. de Santiago.

Secretario, señor José Carballo.

Pro Secretario, señor Plácido Torres.

Tesorero, señor Rosendo Mato.

Pro Tesorero, señor Camilo Cortizo.

Vocales: señores Pedro S. Moreyra, Juan A. Méndez, Manuel Aréa, Manuel Osorio, Santiago Rey y Camilo Arbulo.

Vocales suplentes: señores Manuel Rúa, José A. Piñeiro, José González y Manuel Fernández.

Tribunal de honor: señores Dr. Carlos Quiroga, Manuel Barcia y Alejandro Cobas.

La velada del 12 de Mayo

Todo un exponente de arte y cultura ha sido la velada conmemorativa al primer lustro de fundación de nuestro Centro.

La sala de actos, con un público selecto y numeroso, tuvo ocasión de tributar a los entusiastas aficionados que en dicha velada tomaron parte, nutridas salvas de aplausos y merecidísimas ovaciones; todos en general han contribuido a so-

azararnos en unas gratas horas, de las

cuales han de perdurar recuerdos de una velada sin precedentes.

El baile familiar dió la nota alegre y clásica de la juventud, ávida de entusiasmo y amante del arte de Tersípcore.

Se bailó hasta las 6 de la mañana.

NEGROLOGIA

Fuimos hace días dolorosamente sorprendidos, por el fallecimiento de la señorita María Lilia Veles Núñez, hija de nuestro distinguido colaborador, señor Juan José Veles, a quien acompañamos en su justo dolor, por pérdida tan sensible.

Ha fallecido en Buenos Aires después de una larga y penosa enfermedad, la señora Mercedes L. de López de Gomara, esposa de nuestro distinguido compatriota, el director del "Diario Español", señor Justo López de Gomara, a quien enviamos la expresión de nuestro sentimiento.

VIAJEROS

En el trasatlántico Gelria del Llord Real Holandés, han salido para Vigo, en viaje de recreo, nuestro distinguido consocio señor Luis Carballo, de la firma Rey y Cía, acompañado de su esposa señora Juana V. de Carballo y su señorita hermana Maruja.

Deseámosles un feliz viaje, y que su corta permanencia en el terruño les sea grata.

— También embarcaron para Galicia, donde fijarán su nueva residencia, los señores José Rasto y Alfonso P. Catelo.

Farías y Del Barco -

**Agencia
Comercial**

REPRESENTACIONES, CONSIGNACIONES, COMISIONES.—COMPRA Y VENTA DE TÍTULOS, CAMPOS, CASAS Y TERRENOS.—ADMINISTRACION DE PROPIEDADES, HIPOTECAS, SEGUROS, COBRANZAS EN GENERAL.—PUBLICIDAD Y ARTES GRAFICAS

Rivera Indarte 118

Teléfono 4489

Córdoba

CASA BIGI - **FUNDADA EN 1892**

LA MEJOR MUEBLERIA
CONTINENTAL La Reyna de las Máquinas de escribir

BIGI & BUONACUCINA

U. T. 3501 151 - Independencia - 157 Córdoba

Cigarrería "EL TORO"

MANUFACTURA
DE

Tabacos, Cigarros y Cigarrillos
Casa INTRODUCTORA

Manuel Posada

25 de Mayo, 25 — Córdoba

PANADERIA

"INDEPENDENCIA"

DE **F. y J. MESQUIDA**

PAN ELABORADO CON LAS MEJORES HARINAS y MAQUINARIAS MODERNAS
REPARTO A DOMICILIO

INDEPENDENCIA 332 Tel. 3444

Eloy Martínez y Cía.
IMPORTADORES

Fábrica de Ropa y Sombreros

CÓRDOBA
Rosario de Santa Fé, 182

BUENOS AIRES
Alsina, 1249

— ANTONIO NORES —

Fábrica de Calzado y Talabartería

Almacén de Cueros Curtidos — Surtido completo para Zapateros y Talabarteros
Artículos para viaje y tapicería para carruajes

SAN GERÓNIMO, 239
CÓRDOBA

Almacén y Bazar "Olimpia"

— DE —
VILA HERMANOS

CASA DE CONFIANZA

25 de Mayo y Maipú

Teléfono 3806 Córdoba

BAR

El Espléndido

SOCIEDAD ANONIMA

San Martín 183

Casa Especial

PARA

SERVICIO DE LUNCH

Ferretería KEGELER

Rivadavia 365 - Córdoba



ALAMBRE DE FABRICACIÓN ALEMANA

Permitimosnos de recordar a los señores estancieros y agricultores que en adelante dispondremos de nuevo de NUESTRO AFAMADO ALAMBRE DE ACERO OVALADO DE FABRICACIÓN ALEMANA

Cada rollo lleva nuestra marca J. K. C.

Son rollo de 45 kilos, hay de 14-16 de 1250 metros cada rollo, 15-17 de 1000 metros cada rollo. Garantizamos de alta resistencia y de superior calidad, mejor que cualquier alambre que se introduce en el país.

Es de calidad superior, la esencia de superioridad

Cemento, Tirantes T, Fierros, Maderas

Ferretería, Pinturería, Bazar, Etc. Etc.

Casa Marcus

Relojería, Joyería, y Platería

SE COMPRA :

Objetos de Plata antiguos y modernos

Muebles antiguos, monedas y medallas

Anexo:

Fotografía "KALOS"

ECONOMIA

ELEGANCIA

PERFECCIÓN

178 - San Martín - 178 - Córdoba

"La Española"

DE

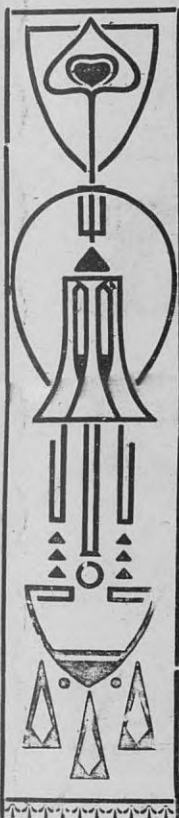
MANUEL OSORIO

Fábrica de Paraguas

y Academia de Bordados
y Vainillados a Máquina

INDEPENDENCIA, 192

Córdoba



Casella Hnos.

San Jerónimo 150

Córdoba

La Gran Mueblería de Moda

Siempre lo mejor
a mejor precio

LA VENTAJOSA

Relojería — Joyería — Armería

SANTIAGO REY

COMPRA Y VENTA DE ALHAJAS DE OCASION
POR TODA COMPRA Y COMPOSTURA HECHA EN ESTA CASA SE DA SU GARANTÍA

Alhajas finas de platino y brillantes

ROSARIO DE SANTA FÉ, 138 -- CÓRDOBA

PILSEN — Y — MUNICH

TIPO
EUROPEO



Cerveza
de calidad

(Marca Registrada)

El secreto del éxito de nuestros productos reside
únicamente en su composición de

PURA MALTA Y LUPULO

constituyendo de este modo la bebida más sana



Cervecería **CORDOBA**

E. MEYER & Cía.

TELÉFONO 3509